

## RESULTADOS ANTROPOLÓGICOS

### DE ALGUNOS VIAJES POR LA PROVINCIA DE SAN LUIS <sup>1</sup>

POR MILCÍADES ALEJO VIGNATI

Las observaciones que expondré en este estudio, acerca de la distribución geográfica de las entidades étnicas que poblaron el territorio de San Luis en los tiempos precolombianos y protohistóricos, son el fruto de cinco viajes de estudio realizados en aquella provincia.

a) El primero lo efectué, a mis expensas, en enero de 1925, conociendo entonces al sur de la ciudad de San Luis los « hornos de tierra » que me sirvieron para un trabajo especial sobre el tema. Durante el mismo, realicé también excavaciones en el yacimiento del Chorrillo, obteniendo una pequeña serie de objetos arqueológicos que doné — años después — al Museo de La Plata.

b) Mi segunda excursión, en marzo de 1932, me sirvió para relevar una serie de agrupaciones de los llamados « morteros », en divertas localidades de la provincia: El Volcán, El Potrero, El Tala, Río Quinto y El Trapiche; pude continuar usufructuando estaciones indígenas ya conocidas, en San Roque y El Portezuelo y obtuve la primer pictografía a unos 25 kilómetros de la ciudad, en las cercanías de Cuchi-Corral.

<sup>1</sup> Sobre este mismo asunto pronuncié una conferencia en la Junta de Historia y Numismática Americana cuyo texto, que me ha servido de base para la presente publicación, aparecerá en el órgano oficial de esa institución.

c) Durante los meses de enero y febrero de 1933 volví nuevamente a aquella provincia, dedicándome en primer término al estudio de los « morteros » mencionados y a dilucidar la confusión existente con referencia a los vestigios artísticos dejados por los aborígenes en las grutas y abrigos de la región del Sololosta, sin descuidar, por eso, la búsqueda de otros restos en yacimientos interesantes como los existentes al sur de Sayape, a la altura de la laguna Sovén y otros hasta ahora no mencionados, como en Charlone por el sur y Represa del Carmen y sierras de El Gigante y las Quijadas por el oeste.

d) Desde mediados de noviembre de 1933 hasta fines de febrero de 1934 permanecí en aquella provincia estudiando nuevos yacimientos en el arroyo del Gato y Estancia Grande; revisé otra vez la gruta de Intihuasi compulsando las fotografías y apuntes obtenidos el año anterior, encontrando nuevos materiales arqueológicos y, en la vecindad del Sololosta, los restos de un esqueleto humano.

e) En el mes de mayo del mismo año visité la región de la sierra de Tilisarao y la más pequeña de Yulto, complementando así estudios preliminares realizados por el Museo de Buenos Aires.

Al intentar ahora una explicación de conjunto de la etnografía de San Luis, creo preferible prescindir de las escasas referencias que anteriormente se han hecho y, sin discutir la bibliografía existente, presentar el fruto de mis observaciones sobre el terreno. Por otra parte, excepto algunas breves noticias que nos han dejado Strobel y Ameghino, acaso ningún documento, ningún estudio, durante las cuatro décadas subsiguientes, pueda ser considerado como una contribución eficaz para su mejor comprensión. Más recientemente, hace pocos años, han aparecido descripciones detalladas de ciertas piezas provenientes del territorio de esa provincia <sup>1</sup>, pero

<sup>1</sup> HÉCTOR GRESLEBIN, *Fisiografía y noticia preliminar sobre arqueología de la región de Sayape (provincia de San Luis)*, Buenos Aires, 1924; FÉLIX F. OUTES, *Algunos datos sobre la arqueología de la provincia de San Luis*, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, VIII, 275 y siguientes, Buenos Aires, 1925-1927 [1926]; HÉCTOR GRESLEBIN, *Excursión arqueológica a los cerros de Sololosta (sic) e Intihuasi en la provincia de San Luis, República Argenti-*

las conclusiones entonces formuladas, por la misma circunstancia de fundarse sobre un material reducido, no pueden ser definitivas, sino, más bien, especulaciones prematuras, sujetas desde el momento de su aparición, a rectificaciones sucesivas en base a los nuevos aportes arqueológicos.



Fig. 1. — El paradero de Cuchi-Corral. En primer plano, una conana

A poco más de 10 kilómetros de la ciudad de San Luis, en dirección ENE., se encuentra el poblado de San Roque, con viejas quintas y potreros regados por los arroyos San Roque y Cuchi-Corral. El paradero está sobre una alta barranca de arenisca color

na, en *Gaea*, Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, III, 217 y siguientes, Buenos Aires, 1928; FRANCISCO DE APARICIO, *Investigaciones arqueológicas en la región serrana de la provincia de San Luis (Rep. Argentina)*, en *Atti del XXII Congresso internazionale degli americanisti*, Roma, settembre 1926, I, 453. y siguientes, Roma, 1928; HÉCTOR GRESLEBIN, *La antigüedad del hombre en la región de Sayape, provincia de San Luis, República Argentina (Nota preliminar)*, en *Proceedings of the Twenty-third International Congress of Americanists*, 305 y siguientes, New York, 1930; JOAQUÍN FRENGUELLI, *Observaciones geográficas y geológicas en la región de Sayape (Pcia. de San Luis)*, Paraná, 1931.

rojo ladrillo, irregular y llena de cortes laberínticos, barrancones y pendientes, vestida en su mayor parte por un espeso matorral de arbustos y malezas (fig. 1) cuyas raíces quedan en descubierto en las laderas, aprisionando muchas veces los restos de industria lítica o de alfarería. Desgraciadamente, no me ha sido posible encontrar piezas enteras de cerámica, que continúa siendo, en estas regiones americanas, uno de los vestigios más útiles para las comparaciones culturales. Son abundantísimos, en cambio, los peque-



Fig. 2. — Pictografía conocida con el nombre de « Corona del Rey »

ños fragmentos de tinajas, que evidencian una industria bastante adelantada, en la que no faltan piezas grandes y con potentes asas, algunas decoradas y otras con impresiones de canastería.

Encontré, también, algunos instrumentos de hueso, y toscos adornos de metal y caracoles (*Trophon varians* d'Orb.), adaptados para formar collares.

Las armas están representadas por gran cantidad de puntas de flechas, en su mayoría pequeñas, aun cuando se encuentra igualmente una que otra de tamaño considerable. Su acabado es perfecto, pudiéndose decir lo mismo de los pequeños instrumentos, relativamente abundantes, como ser : raspadores y cuchillos. Fi-

nalmente, se encuentran muchas moletas y hasta las mismas conanas, todas ellas muy desgastadas y en tal cantidad, que evidencian los hábitos sedentarios de aquellos pobladores.

Los largos años de permanencia continuada en el lugar están acusados por las sucesivas capas cineríticas de los fogones que aparecen por doquier en forma de manchas superficiales.

Acaso sea muy posible que prosiguiendo metódicamente las excavaciones hasta mayor profundidad se llegue al descubrimiento



Fig. 3. — Uno de los pintorescos rincones de El Portezuelo

de sepulturas y a exhumar piezas más importantes del ajuar indígena. Esta presunción toma su origen en el hecho que, de tiempo en tiempo, la erosión de las aguas pone en descubierto abundancia de objetos, como lo comprobé en mi última visita a ese lugar y, por otra parte, en la circunstancia que al excavar, hace algunos años, un canal de riego en un lugar cercano al paradero, fueron hallados varios esqueletos <sup>1</sup>.

A algo más de 10 kilómetros al E. de San Roque, en las alturas de Cuchi-Corral, formadas por afloramientos de una modifica-

<sup>1</sup> J. W. GEZ, *Descubrimiento arqueológico en el Chorrillo, San Luis, 1921.*

ción granular clara de la granitita, en medio de una vegetación boscosa abundante (fig. 2), existe con la denominación local de « Corona del Rey » una pictografía en ocre rojo cuyos principales elementos pueden todavía diferenciarse : en una parte se notan figuras en forma de soles, en líneas aserradas y líneas rectas atravesadas por otras menores combinadas sin que pueda distinguirse si ha habido intención de representar algo concreto. En la otra, a más de unos rasgos de difícil significación, existe una figura antropo-



Fig. 4. — Caballones producidos por la erosión de las aguas; a sus pies el paradero indígena. El Portezuelo

morfa mediocrementemente realizada situada junto a un animal dibujado con tosquedad, como si lo llevara del ronzal.

A pocos metros de esa interesante pintura existen distribuidos algunos de esos huecos labrados en las rocas y que se conocen en nuestra bibliografía arqueológica con el nombre de « morteros », de los que me he de ocupar más adelante.

Otro yacimiento próximo a la ciudad de San Luis está en el lugar conocido con el nombre de El Portezuelo. Es un paraje pintoresco (fig. 3) aunque poco frecuentado, desde donde se domina perfectamente la ciudad y se divisa a lo lejos el lago Bebedero, pudiendo también verse, en los días límpidos, el Aconcagua como

un vértice blanco sobre el horizonte azul. Pequeñas vertientes fertilizan la región, motivo que determinó, seguramente, el asiento del aduar indígena. La serenidad del paisaje se trueca en el lugar del yacimiento, por un aspecto fantástico: la acción de las aguas torrentosas de épocas lejanas ha erosionado grandes extensiones de terreno, dejando caballones dispersos (fig. 4) a manera de taludes que, a la luz indecisa del crepúsculo, semejan las ruinas abandonadas y solitarias de remota ciudad.



Fig. 5. — El cerro de Intihuasi, visto desde el S.

En El Portezuelo he encontrado restos industriales indígenas en un todo semejantes a los mencionados anteriormente, pero allí los caracoles usados como adornos pertenecen a los moluscos marinos de la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires: *Urosalpinx Rushi* Pilsbry, *Bullia deformis* King, y *Neomphalius patagonicus* (d'Orb.).

No deseo detenerme en el estudio de otros yacimientos como el del arroyo del Gato, cerca de Cruz de Piedra, el de la Estancia Grande y El Durazno que presentan las mismas características que los anteriormente relatados. Tampoco quiero describir por el mo-

mento las interesantes agrupaciones de « morteros » existentes en los agradables lugares de veraneo : El Volcán, El Potrero y El Trapiche.

Entre estas localidades y los grandes cerros volcánicos, los hallazgos arqueológicos son esporádicos, posiblemente por ser regiones poco propicias para ser habitadas de continuo. Tal cosa puede deducirse por la presencia en la Pampa del Tamboreo de

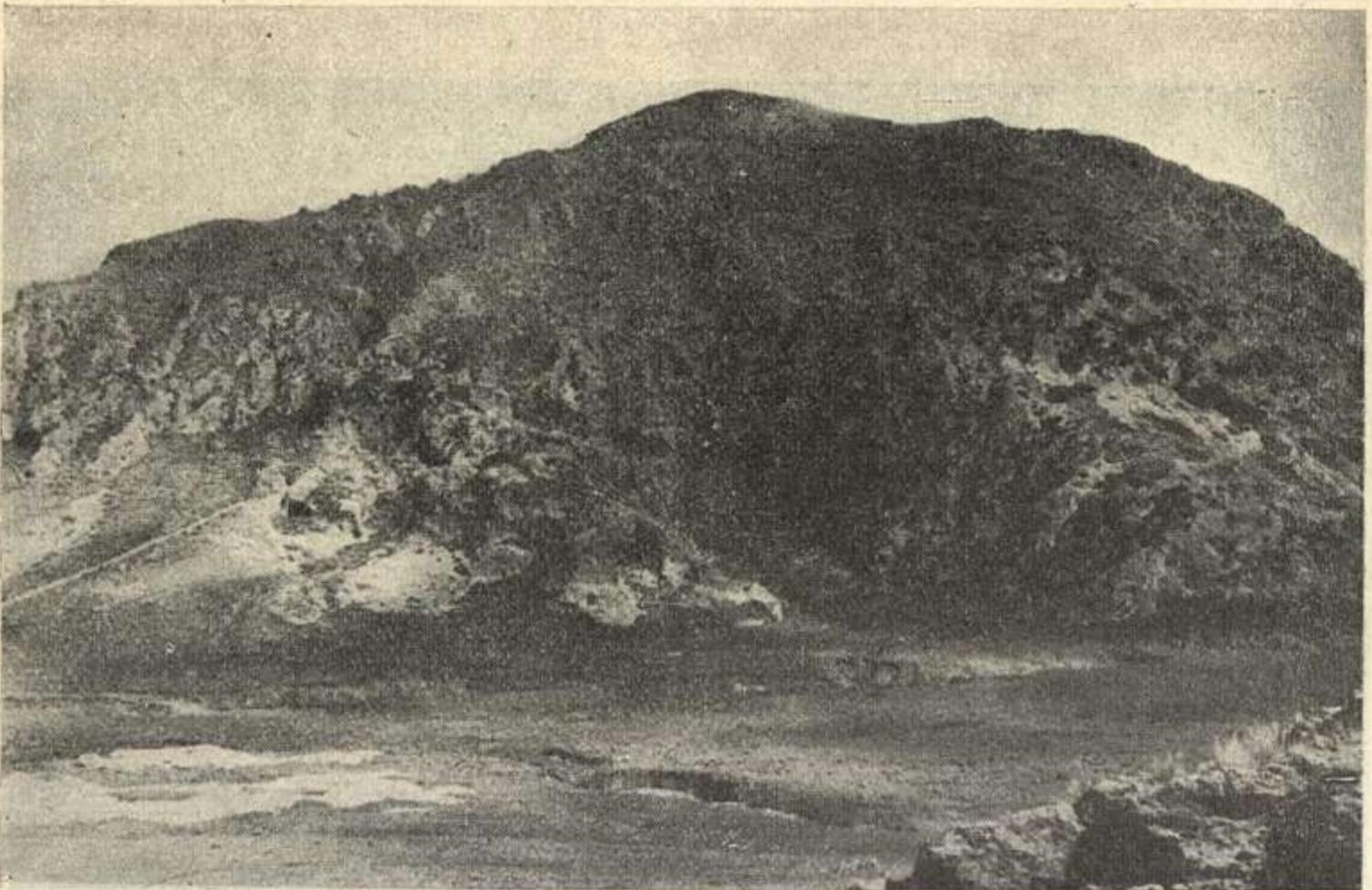


Fig. 6. — La gruta de Intihuasi vista desde la distancia. La concavidad visible es la hornacina ; de la verdadera gruta sólo se ve un rasgo negro, en la base

excavaciones en los afloramientos rocosos, que considero construidos para el acopio del agua, lo cual significaría que sólo en las incursiones cinegéticas el aborigen llegaba a esos lugares.

Se acostumbra dar el nombre de Sololosta a la localidad circundante del característico cerro volcánico homónimo. Ella comprende las vecindades del sur cuyo suelo es bastante movido y surcado por pequeños valles, pero abarca principalmente el terreno relativamente llano y fértil del gran triángulo antepaís de los tres importantes cuerpos volcánicos : Sololosta, cerro del Valle e Intihuasi, constituídos por una misma roca andesítica, gris, clara.

El último se reconoce desde lejos (fig. 5) porque consta de un núcleo de acumulación mayor y un diente recortado que se prolonga al SE. en largo dorso descendente. En su conjunto el maciso describe un arco hacia el SE., arco que, necesariamente, sigue también el pequeño río de la Carpa que lo bordea. En la concavidad de la sucesión, la montaña presenta paredes muy inclinadas hasta verticales, lo que determina la desnudez, más o menos completa, de sus escarpas en las que anidan las águilas.

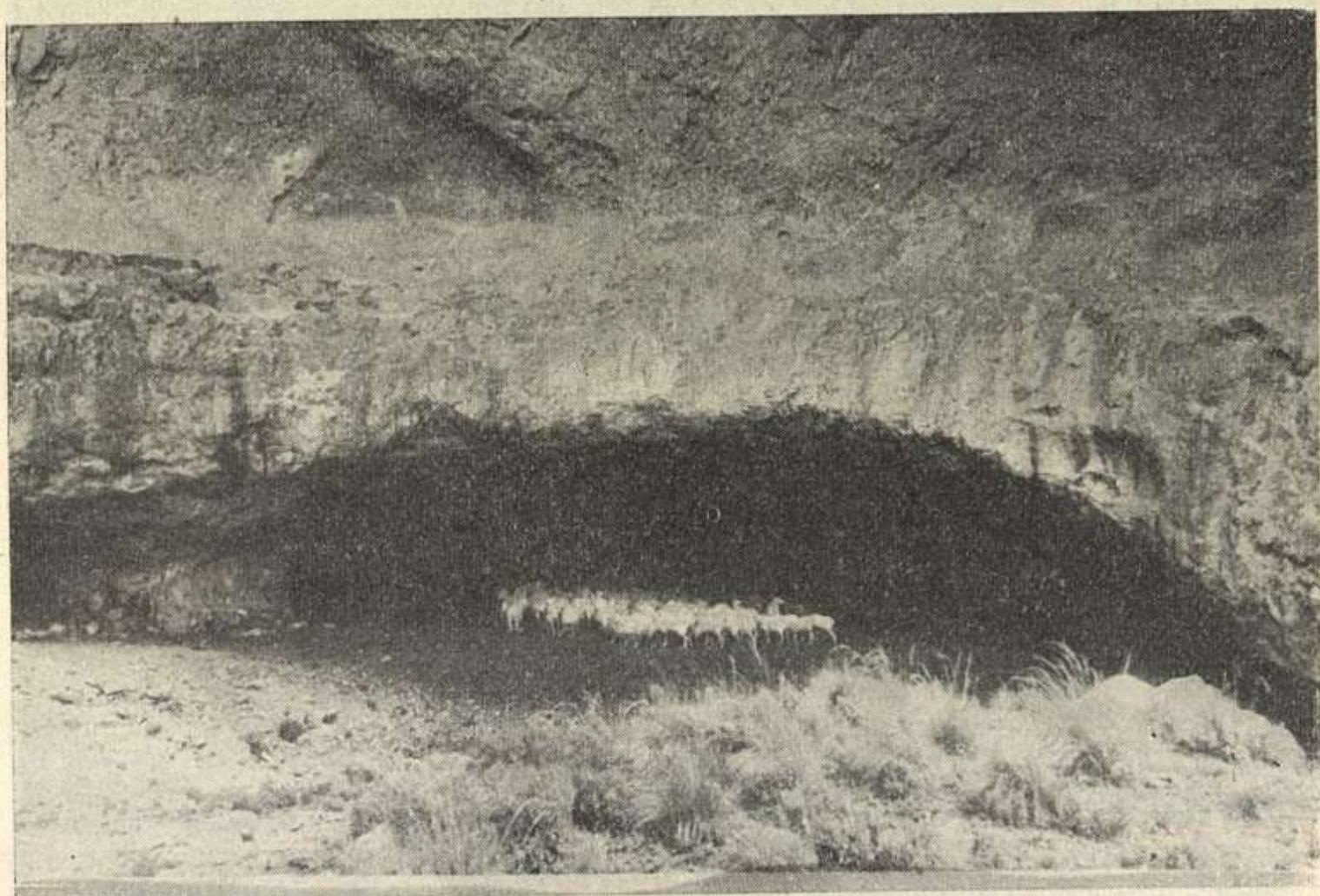


Fig. 7. — Entrada de la gruta de Intihuasi; a la izquierda, la de la pequeña cueva

Para cualquier viajero desprevenido la gruta pasa inadvertida por quedar oculta de cualquier punto aún muy cercano; para encontrarla, es necesario penetrar en el alto vallecito en herradura, que divide los dos cuerpos del cerro y se alcanza a divisarla, cuando se está a unos cien metros de ella. Desde esta distancia sólo alcanza a verse: en la base, una chata y profunda hornalla sobre la que se asienta una colosal hornacina excavada en la pared de la montaña (fig. 6). Acercándose más se llega a un amplio glacis en parte protegido por la parte superior de la arcada exterior, bajo el cual se abre la gruta propiamente dicha (fig. 7) cuya entrada está

orientada hacia el SSE.<sup>1</sup> Nada hay allí que sonría. El conjunto de la gruta es imponente. El paisaje que la circunda es adusto, tanto que el estrídulo grito de las águilas que giran incansables sobre los riscos prestando carácter al conjunto, acaba por dar la sensación de vivir en épocas pretéritas.

La gran arcada exterior tiene 30 metros de altura. A 4,50 metros del suelo forma un alero ancho y potente. A pesar de que la



Fig. 8. — Al iniciar una de las excavaciones en el suelo de la gruta de Intihuasi

cavidad tiene internamente una luz máxima de 7,20 metros, da la impresión de ser baja, por lo amplia que es. La planta de la gruta aparece aproximadamente circular, si se hace caso omiso de una pequeña cueva a la izquierda del observador. Adentro, parece que estuviera sustentada por tres grandes pilastras, las dos de la entrada y una tercera a la derecha. La bóveda es asimétrica, pues el techo está a mayor altura del lado izquierdo, declinando paulati-

<sup>1</sup> Tal es la exacta orientación de la entrada de la gruta aunque ello signifique rectificar la que le atribuye el arquitecto Greslebin (conf. : GRESLEBIN, *Excursión arqueológica*, etc., fig. 4).

namente hasta el suelo, por la pilastra interna referida. En todo el sector izquierdo el techo es alto, perfectamente regular y casi horizontal; en el derecho, es más bajo, escabroso y muy inclinado. En el fondo, a la izquierda, la roca forma naturalmente unos peñascos que reducen considerablemente la distancia del techo.

He efectuado en dos lugares del suelo de la gruta profundas ex-

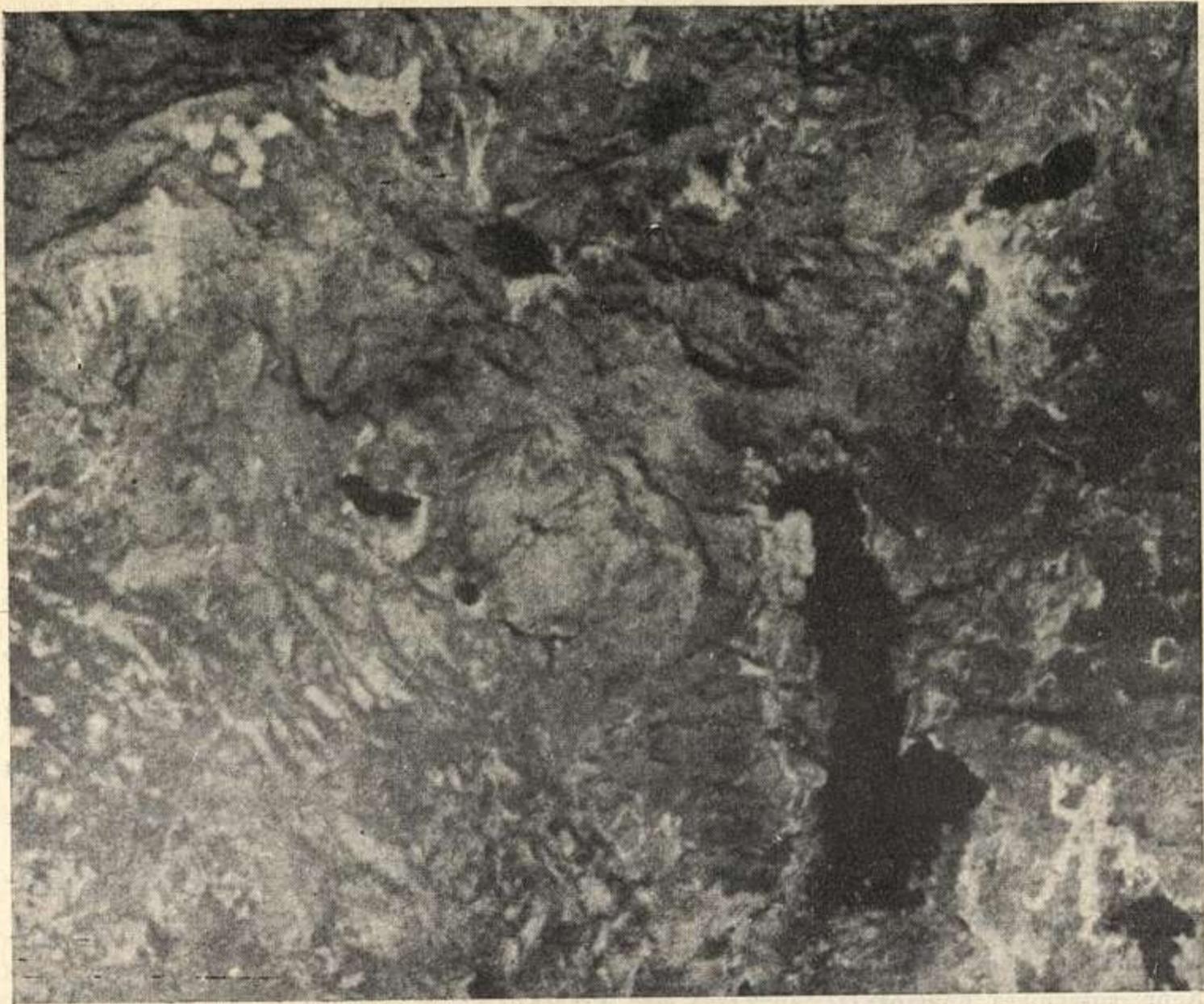


Fig. 9. — Una parte de las pictografías de Intihuasi. A la izquierda arriba, camélidos a la derecha abajo, un hombre ¿con cabezas trofeo?

cavaciones (fig. 8) con resultado mediocre. Muchos huesos de mamíferos y aves fracturados, todos ellos restos de comidas mezclados con cenizas, es lo que continuamente se pone en descubierto y sólo uno que otro instrumento lítico es el premio de tanta labor, porque no es poca fatiga la de trabajar durante horas entre el insoportable olor de los excrementos resecos, en especial de oveja, que al menor movimiento se levantan como fino polvo asfixiando con sus emanaciones.

Los restos más abundantes son las moletas o manos movibles de los molinos ; podrían ser coleccionadas por docenas. Formando parte de una pequeña « pirca » que sirve para embalsar el agua que brota de las grietas del fondo de la gruta, se encuentra utilizada, como otra piedra cualquiera, una alta conana.

Pero no son los restos industriales los que más atraen en la gruta de Intihuasi. Son las pinturas rupestres realizadas hace centenas de años y que podrían mantenerse en



Fig. 10. — Pictografías de la pequeña cueva, en Intihuasi. Representaciones humanas.

perfecto estado si los turistas, en su afán de vincular su paso efímero a una obra eterna, no las ultrajaran, estampando con grandes caracteres sus nombres desconocidos. Así como otras instituciones sitúan en lugares apropiados sus placas indicadoras con los consejos que la seguridad del viajero requiere, convendría que la Comisión de Yacimientos Arqueológicos hiciese estampar en la vecindad de éstos y otros muchos lugares de nuestro territorio, aunque sólo fuera a manera de censura anticipada, ya que la prevención será siempre relativa, la traducción del viejo y siempre cierto hexámetro latino que señala la ubicua y frecuente presencia de los nombres de los necios en las paredes.

No obstante todas las firmas y fechas estampadas por los visitantes, después de un prolijo trabajo de lavado conseguí poner en descubierto numerosas pinturas.

En la gruta grande, en el panel que queda por encima de los peñascos he hecho revivir un friso en que las figuras más interesantes son animales varios, principalmente camélidos, y también hombres, uno de ellos ostentando en sus manos algo que tal vez sean cabezas trofeo (fig. 9).

He dicho que a la izquierda de la gruta existe una pequeña cueva ; ésta a su entrada apenas alcanza los 2 metros, altura que pierde de inmediato hasta confundirse con el suelo. En su pared hacia

la gruta, formando una especie de friso, he logrado hacer resurgir varias figuras pintadas en ocre rojo, entre las que puede distinguirse una representación humana, otro ser asimilable a un hombre, aunque un tanto incorrecto (fig. 10), y un signo cruciforme.

Cerca del cerro Sololosta (fig. 11) en una pequeña altura de unos 50 metros, conocida con el nombre de Casa Pintada <sup>1</sup>, se

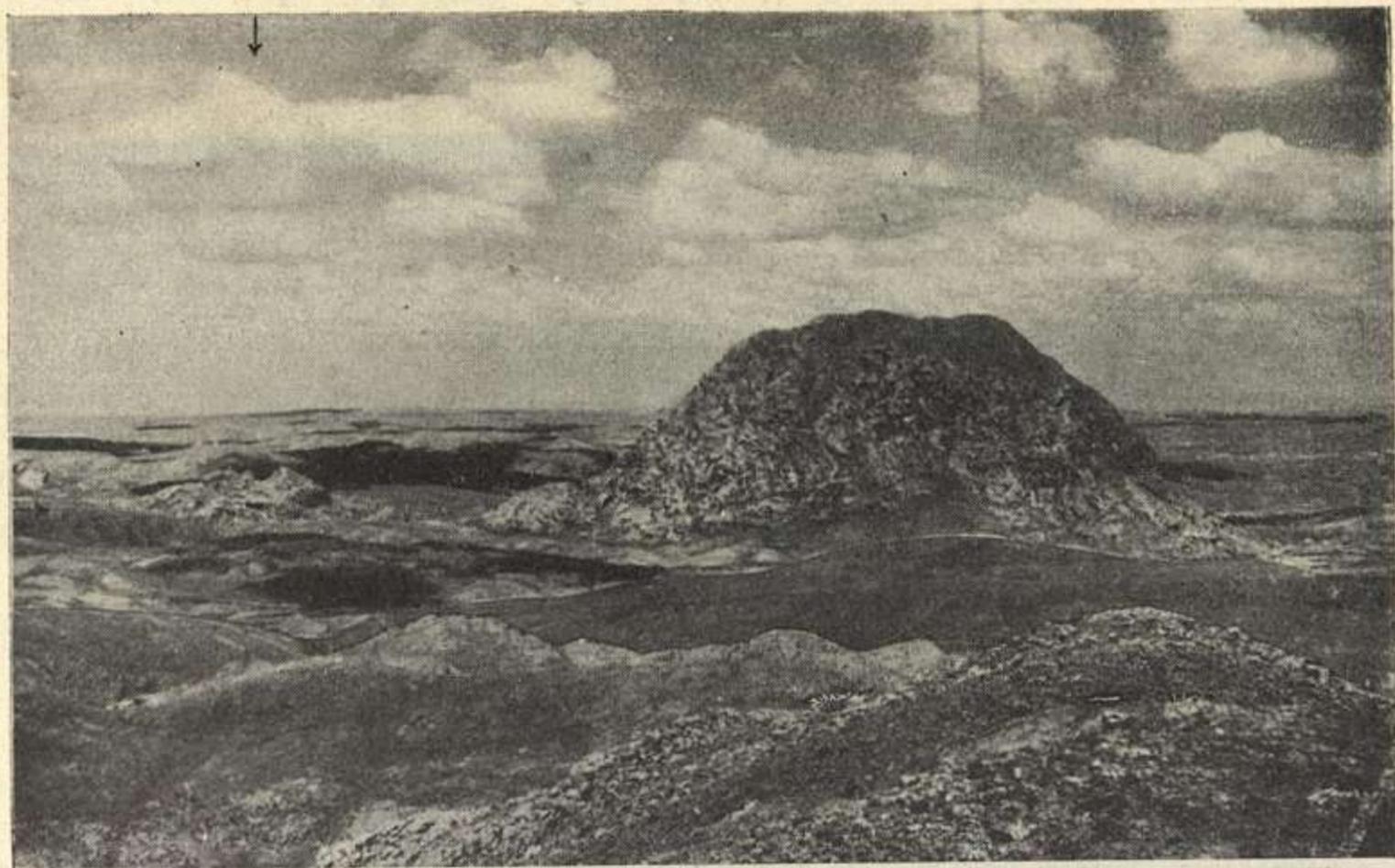


Fig. 11. — El cerro Sololosta desde el Tomolasta, con una inclinación E. 17° S.  
Las flechas indican la Casa Pintada

abre a unos 20 metros de altura un importante abrigo (fig. 12) de unos 40 metros de largo donde se conservan muchos de los dibujos que constituían un largo friso en la parte más inferior de la pared.

El trabajo para hacer revivir los dibujos primitivos es aquí

<sup>1</sup> Dando fe a un mapa erróneo, el arquitecto Greslebin ha creído que el Sololosta está constituido por tres núcleos de aglomeración (conf.: GRESLEBIN, *Excursión arqueológica*, etc., 223 y siguientes, lám. XVI, fig. 1), cuando, en realidad, se trata de un cerro aislado, de majestuosa figura, a cuyo alrededor hay ondulaciones del terreno que, junto al verdadero cerro, pasan poco menos que inadvertidas. En la figura 11 doy una fotografía del Sololosta donde también puede verse la insignificante altura de la Casa Pintada.

bastante difícil puesto que los curiosos han grabado sus nombres raspando la superficie relativamente tierna de la roca. Hay que hacer una prolija revisión, según la técnica empleada, para poder discriminar los dibujos antiguos de los modernos.

El cuadro central era ya conocido, aunque en forma defectuosa. En él (fig. 13) pueden verse seis animales, algunos indudablemente camélidos y otros signos cuyo significado pasa para mí inadvertido.

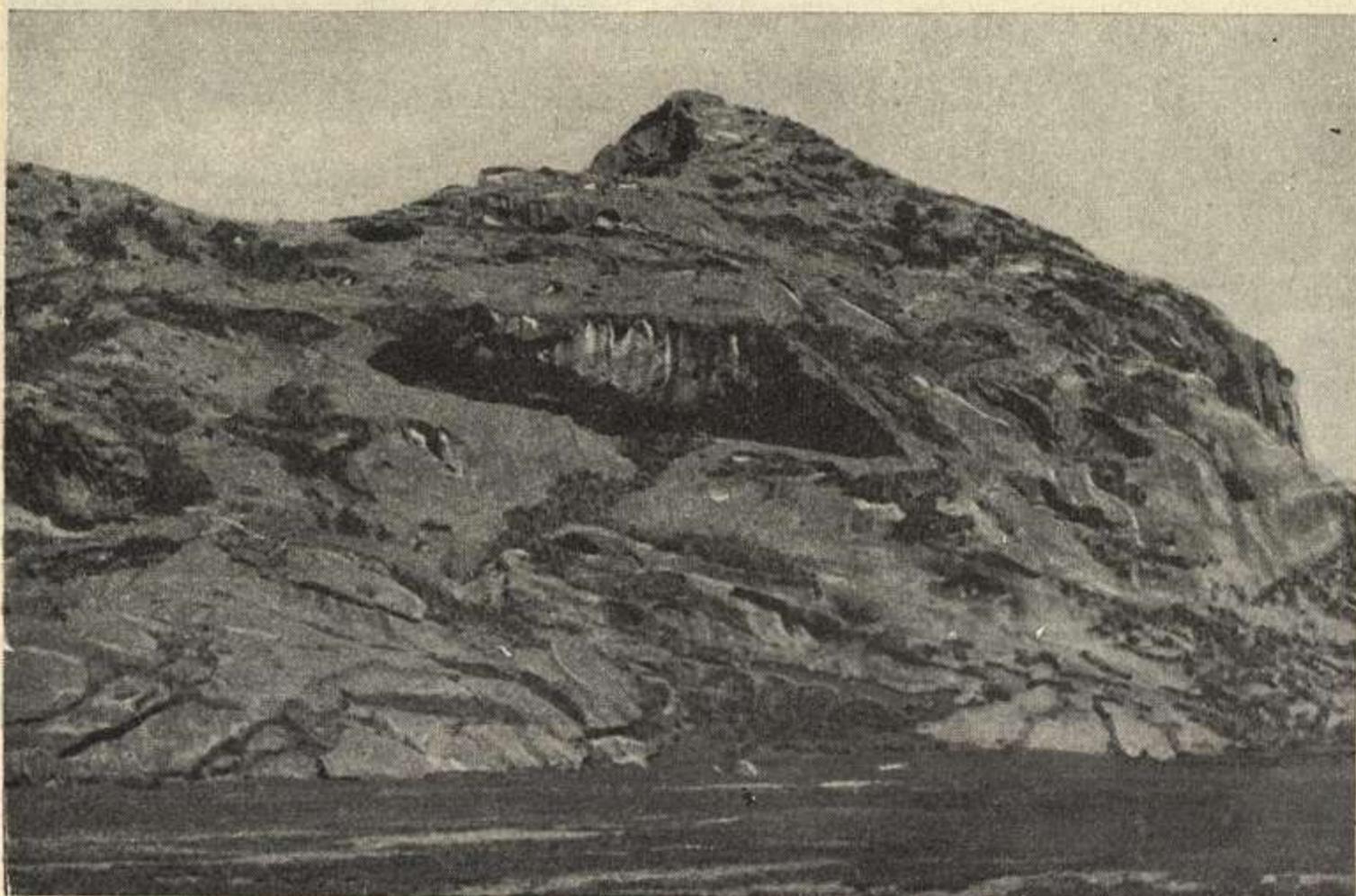


Fig. 12. — La Casa Pintada, en las proximidades del cerro Sololosta

En el friso abundan los tectiformes y las representaciones zoomorfas (figs. 14 y 15) que constituyen una serie cuya vinculación es difícil interpretar.

Al pie mismo del Sololosta existe una peña aproximadamente monométrica de unos 12 metros de lado (fig. 16). Su parte inferior ofrece pequeños refugios donde los aborígenes han dejado rastros de su arte. Los dibujos están dispersos en cada una de las anfractuosidades pero entre sí forman un friso donde abundan los tectiformes (fig. 17) y también una representación zoomorfa de tipo felino (fig. 18).

Reseñado así brevemente el resultado de las exploraciones realizadas al NE. de la ciudad de San Luis con la descripción de los vestigios que han dejado los indígenas que habitaron esa región, paso a considerar la parte NO. de la provincia, indudablemente menos conocida.

El ambiente es aquí más desolado. Las sierras recortan en el horizonte sus accidentados perfiles y en la llanura arenosa, pobre



Fig. 13. — El cuadro central de la pictografía de la Casa Pintada

en pastos, crecen, como vegetación de pesadilla, ya en forma aislada, ya formando espesos montes, « selva salvaje y áspera y fuerte », pequeños árboles de ramas retorcidas y nudosos troncos de monstruosa apariencia (fig. 19). Abundan especialmente las jarillas (*Larrea* sp.), los chañares (*Gourliea decorticans*), las breas (*Cercidium praecox*) y el atamisqui (*Atamisquea emarginata*), Cactáceas, desde los equinocactus que apenas asoman entre las piedras hasta los largos cardones graciosamente recostados en el árbol vecino como buscando protección contra los fuertes vientos.

En la toponimia local, los lugares más interesantes tanto desde

el punto de vista de la naturaleza como por su valor arqueológico son la Represa del Carmen, Los Pozos, La Aguada y El Gigante.

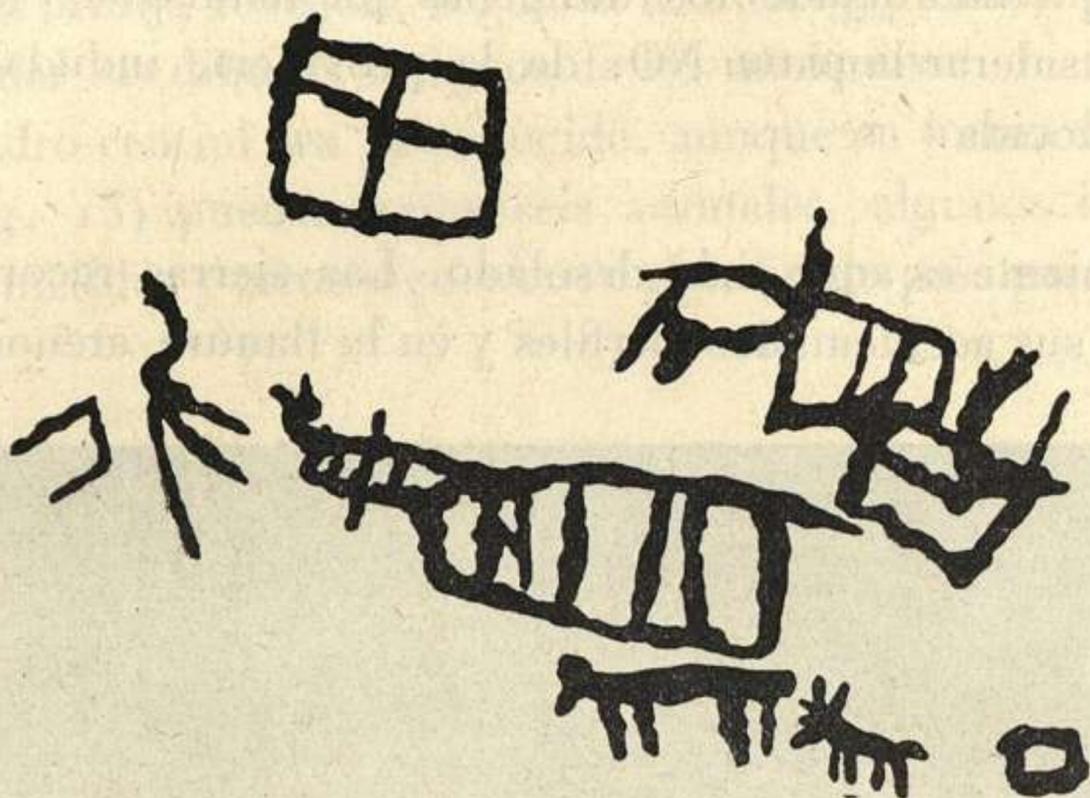


Fig. 14. — Representaciones zoomorfas y tectiformes del friso de la Casa Pintada

Entre el material obtenido, las piezas más raras provienen de la Represa del Carmen (fig. 20), al O. de la sierra del Gigante, y son : dos tabletas destinadas a moler excitantes, talladas en piedra

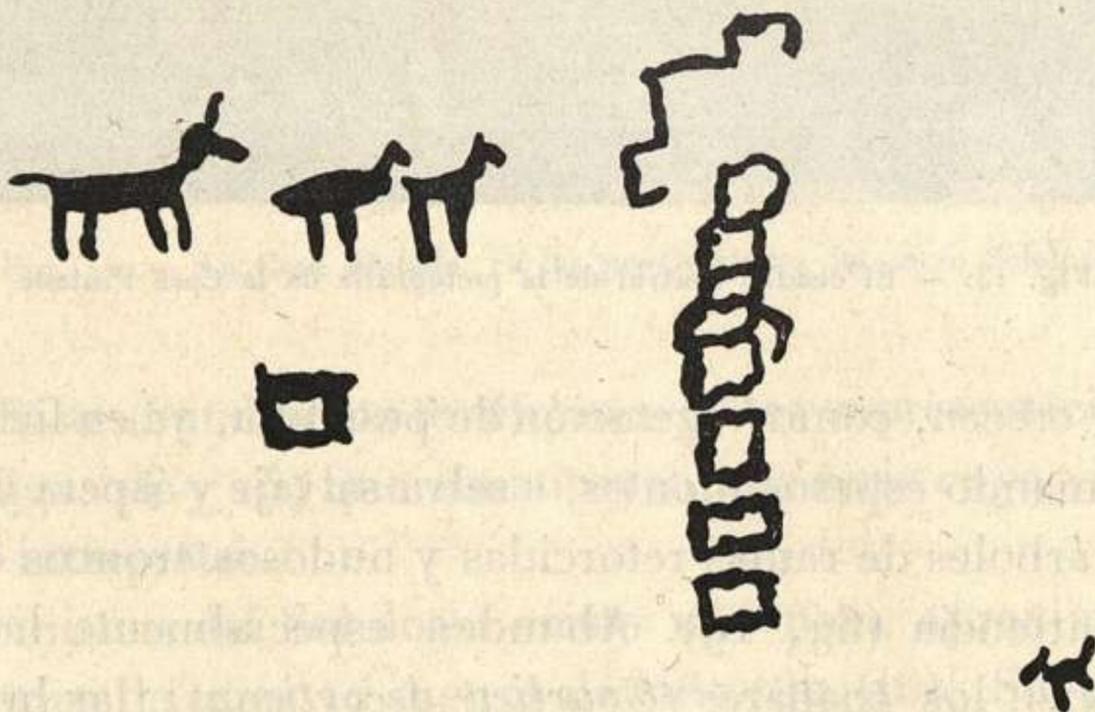


Fig. 15. — Representaciones de animales y tectiformes, en el friso de la Casa Pintada

(figs. 21 y 22), que determinan la irradiación máxima conocida hasta la fecha de una ola cultural a la que debe también atribuirse un

curioso instrumento lítico de forma semicircular (fig. 23), semejante a los cuchillones de las sepulturas del NO. argentino, que han sido considerados como útiles agrícolas. Debe recordarse que tanto las tabletas para molienda como los cuchillones abundan en la cultura humahuaca y las otras que les son vecinas, pero en ellas ambos tipos de objetos han sido siempre trabajados en madera. La única excepción, según recuerdo, que se conoce es una tableta procedente de Tiahuanaco, que también ha sido tallada en piedra. En



Fig. 16. — Peña al pie del cerro Sololosta. Los animales ocupan los lugares donde están las pictografías. La piedra en primer plano, a la derecha, tiene excavados « morteros »

cierta forma podría corroborar esta relación la presencia de las ya famosas balsas, tanto en el lago boliviano como en los aguazales que constituyen las lagunas Huanacache, sólo distantes un centenar de kilómetros del lugar de los hallazgos; pero sería excesivo inferir una vinculación étnica con los antiguos pueblos del Titicaca por estos pocos hechos. Más que el establecimiento de relaciones culturales, tales descubrimientos deben sugerir la posibilidad de orientar en ese rumbo futuras investigaciones.

A esta misma región del NO. puntano debe añadirse el uso de pipas, talladas en piedra (fig. 24). Su forma tubular tiene correlativos en los repositorios riojanos y, en la actualidad, algunos pue-

blos del Chaco emplean tipos idénticos aunque fabricados con madera o caña. Igualmente interesantes son las enormes y variadas hachas de piedra, los almireces para la trituración de pinturas (fig. 25), puntas de flechas exactamente iguales a las encontradas en el N. de La Rioja y hasta uno de esos pequeños amuletos faliformes que tanto abundan en las culturas del NO. argentino. No faltan piezas raras de uso desconocido y dijes tallados en piedra.

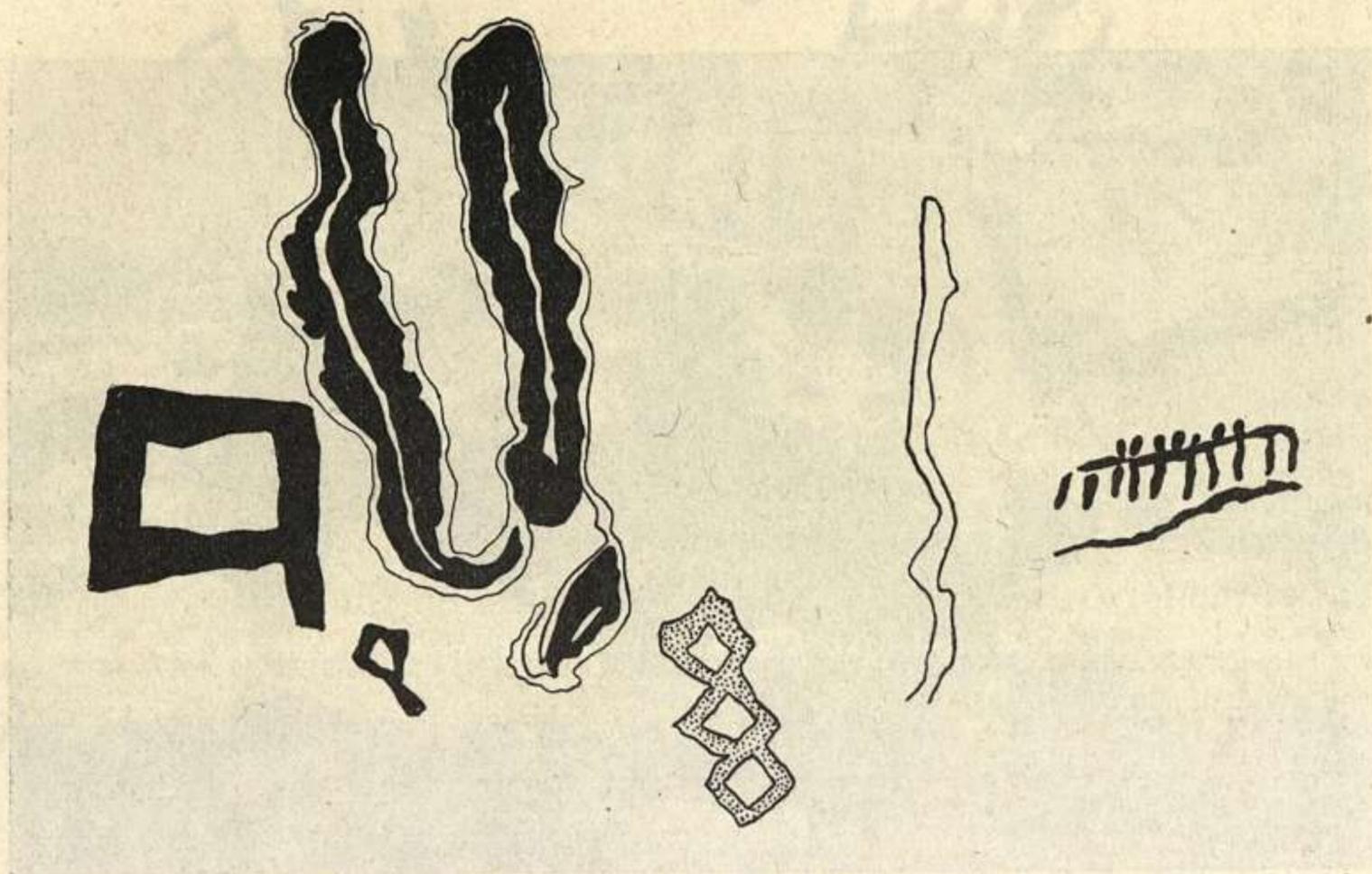


Fig. 17. — Tectiformes del friso pintado y picado en la peña al pie del Sololosta

Se trata, en fin, de un pueblo en el que ha predominado el tallado de la piedra, consiguiendo darle una personalidad que no puede confundirse con el instrumental de las tribus del NE.

Correspondiendo a la misma dispersión geográfica de estas dos culturas, están las agrupaciones de los llamados « morteros », y quiero aclarar debidamente que, al hablar de simple coincidencia de habitat lo hago en la imposibilidad de atribuir con exactitud la entidad étnica que los construyó aunque tengo la convicción que estamos en presencia de un elemento que ha sido del patrimonio común de una de las más antiguas olas culturales de América. Y justifica ampliamente mis miras la vasta dispersión que estos

« morteros » han tenido, llegando en Sud América por el norte hasta el Ecuador y por el O. a Chile, donde han sido estudiados frecuentemente y donde por su abundancia se hubiera podido considerarlos como originarios.

Tan amplia dispersión deriva de que las mismas necesidades vitales han obrado con igual intensidad en todos los indígenas obli-

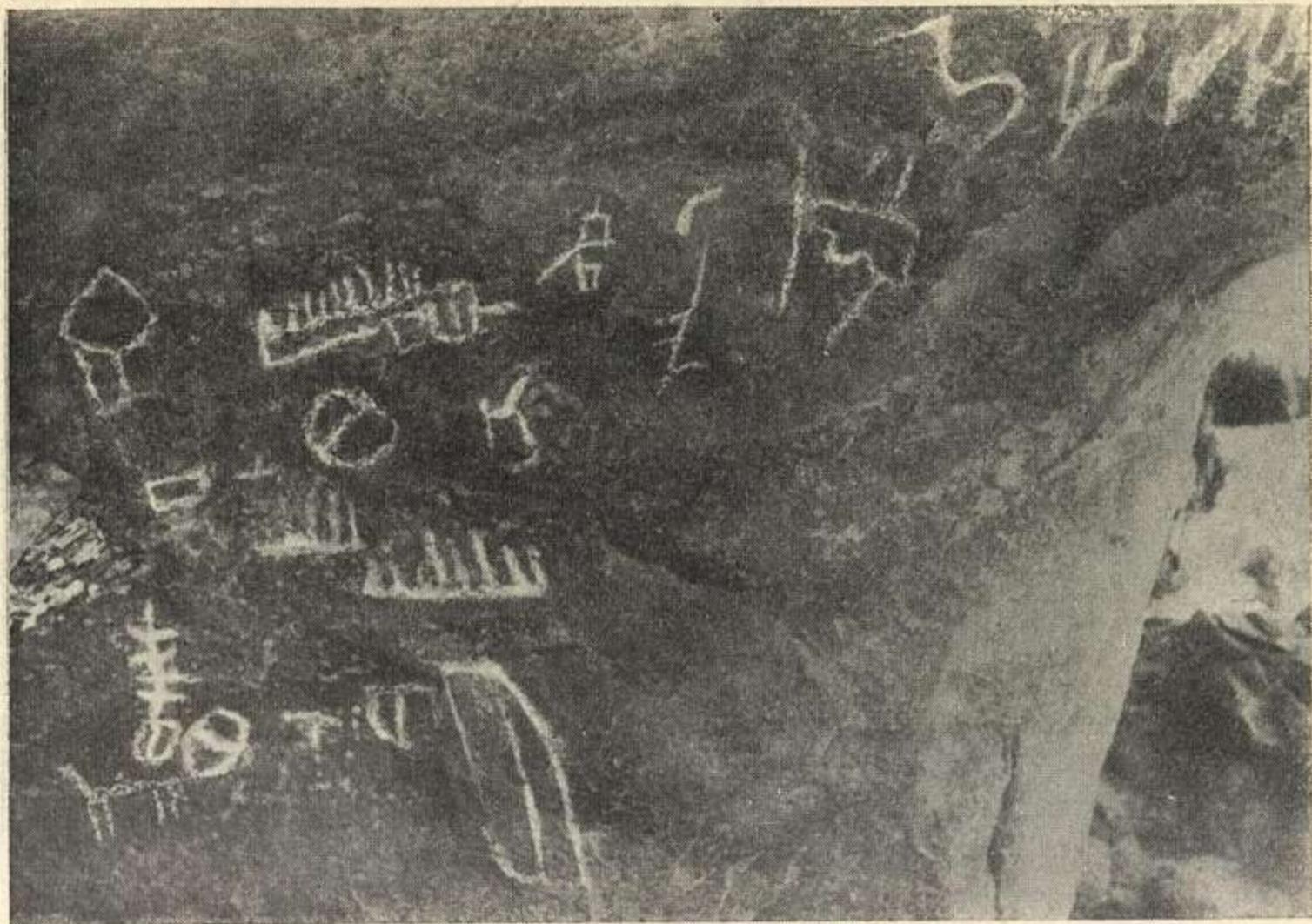


Fig. 18. — Representación de tipo felino y signos varios en la peña al pie del Sololosta <sup>1</sup>

gados por su nomadismo y sus modalidades de caza a depender de las contingencias exteriores. Ninguna otra necesidad tan perentoria como la de satisfacer la sed, y basta recorrer esas regiones áridas en que la sequedad del ambiente hace insoportable cualquier travesía, para comprender con cuánta razón vemos el culto al agua en la base de tantas creencias primitivas. A asegurar esa

<sup>1</sup> El señor arquitecto Greslebin ha publicado algunos de los signos que pueden verse en esta fotografía, atribuyéndolos a la Casa Pintada (conf. : GRESLEBIN, *Excursión arqueológica*, etc., 228 y lámina XVI, fig. IV). A mi requerimiento, verificó en su libreta de viaje el « trasapelamiento » cometido, pidiéndome hiciera la pertinente rectificación (carta de Héctor Greslebin al autor de fecha 15 de julio de 1935).

satisfacción es que han tendido los esfuerzos aborígenes en cuanto se adentraban en las fragosidades de las sierras en pos de los ligeros venados o los ágiles guanacos y, tal vez no sea excesivo afirmar — como se ha dicho con perspicacia <sup>1</sup> — que esas mismas represas de agua servían para reunir en sus inmediaciones las piezas de caza que la venteaban desde lejos, facilitándose así su captura.

Su nombre es variable según las diversas naciones ; entre nos-



Fig. 19. — Vegetación en la entrada de la quebrada de las Chilcas, sierra del Gigante

otros, se los conoce como « morteros » porque se ha creído que fueran hechos para majar los diversos alimentos de la sencilla cocina indígena.

Como se recordará, he hecho un análisis de los antecedentes <sup>2</sup>, pues no deja de ser frecuente que esos « morteros » ofrezcan características que los hacen inadecuados para el fin que se les atribuye. Así, muchas veces, son de un tamaño considerable, otras presentan

<sup>1</sup> DALMIRO S. ADARO, *Industrias criollas o Fitotecnia o aplicaciones de los vegetales indígenas y exóticos*, 15, Buenos Aires, 1918.

<sup>2</sup> MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *¿ Morteros o represas ? Nueva interpretación de las agrupaciones de « morteros »*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I, 45 y siguientes, Buenos Aires, 1931.

formas insólitas o están labrados en rocas poco coherentes que se disgregan a la menor presión y que nunca permitirían en su friabilidad la ruda percusión del majado; además están situados en lugares poco accesibles y distantes de los paraderos aborígenes, fuera de que ciertos dispositivos especiales descartan en absoluto la posibilidad de usarlos para la molienda.

Esos y muchos otros motivos me llevaron a interpretar — dis-

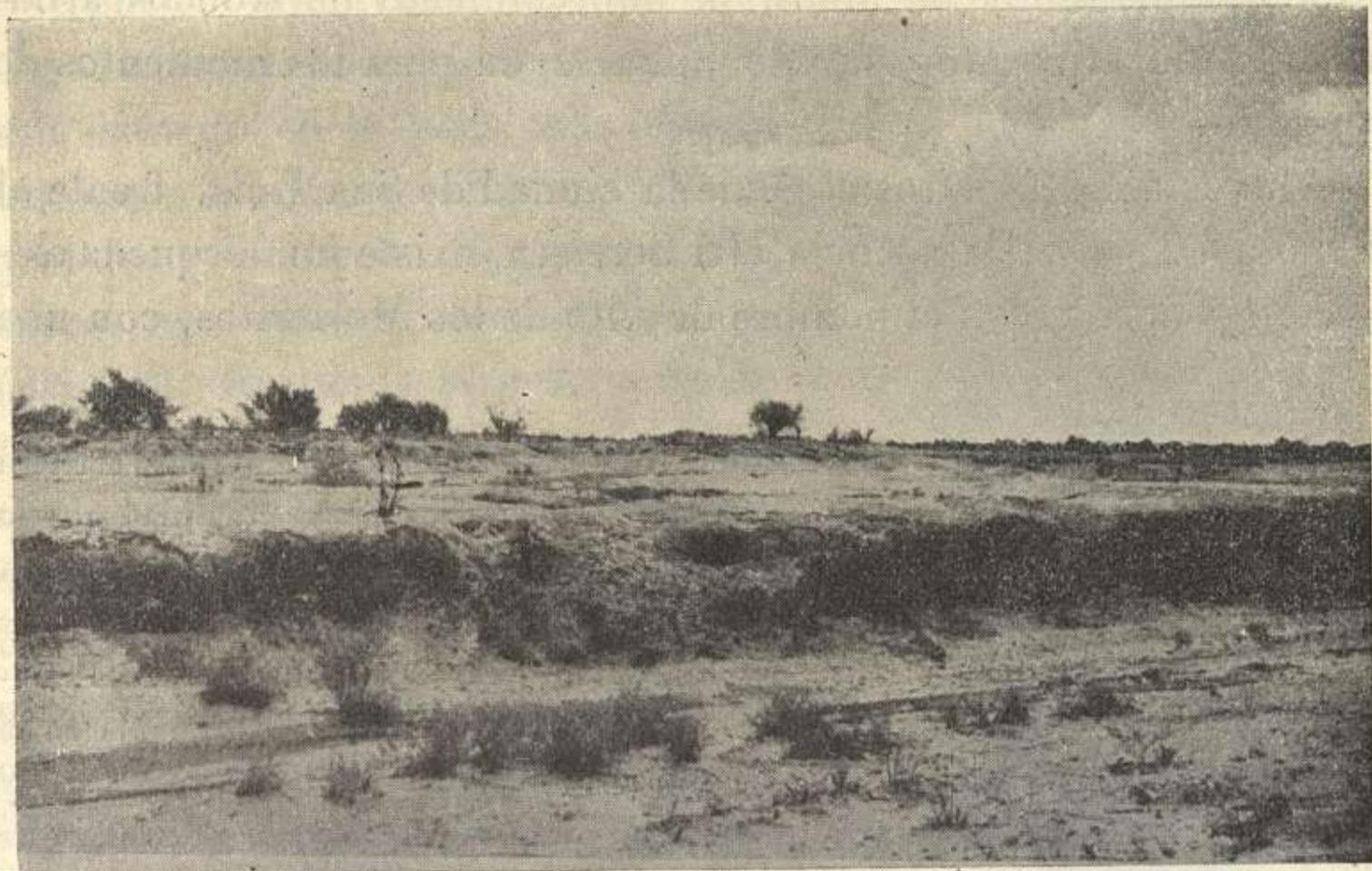


Fig. 20. — Vista general de la Represa del Carmen

crepando con las vistas hasta entonces expuestas por los especialistas — que no todas esas oquedades han servido a tales fines y que muchas han sido hechas con el propósito deliberado de captar el agua, eligiendo al efecto los lugares más apropiados. Esta solución, dada en carácter conjetural, se ha hecho conciencia entre los investigadores, algunos de los cuales no han tenido aprensión en manifestarlo con toda espontaneidad <sup>1</sup>, pero no obstante lo justificado

<sup>1</sup> « Mucho me ha llamado la atención su estudio crítico de las « piedras con morteros ». Concuerto con usted entera y plenamente en que estos huecos no han podido tener el uso que se les atribuye comúnmente. Siento mucho que con la prisa que tuve al redactar mi contribución a la arqueología mendocina haya empleado para estas piedras con hoyos el término de « morteros »

de esa diferenciación no ha faltado quien la haya criticado. No haré, por el momento, polémica al respecto. Las pruebas bastan de por sí y estas son superabundantes. Por ello me constriño a referir algunos casos típicos de varios de esos « morteros » cuya morfología es más elocuente que lo que podría argüir y sin querer, expresamente, hacer referencias a interesantes casos mencionados en la bibliografía americanista de otras naciones. Eso mismo es lo que me inhibe de aludir al ahuecamiento de troncos arbóreos con idéntico propósito de juntar agua para los momentos de apremio.

A unos 25 kilómetros al S. de la ciudad de San Luis, frente al cerro del Tala, en la estancia « La Serena », existe una pequeña elevación conocida con el nombre de Alto de los Morteritos, con una

que es sin duda inadecuada por las razones que usted manifiesta con tanto acierto. Yo había pensado ya que estas depresiones debían tener otra finalidad que la de moler granos ya que en los paraderos vecinos existen piedras de moler en abundancia con sus respectivas manos (estas piedras son del tipo « molino », es decir, que la trituración se hacía por un movimiento de va y ven). Había pensado identificar estos morteros a las cúpulas de las cuales tanto se habla en la literatura etnográfica chilena. Por falta de documentación sobre arqueología y etnografía chilena no pude averiguar si las piedras con cúpulas de Chile que tienen uso ceremonial se parecen a los curiosos monumentos de los cuales se ocupa usted. Como usted conoce admirablemente todo cuanto concierne a la etnografía y la arqueología del Sur del Continente americano, le quedaría agradecido si pudiese darme su parecer al respecto. El año pasado, cuando hice mis excavaciones en La Candelaria, vi una peña en la ladera de una colina con algunos morteros. Cerca de ellos se han encontrado piedras de moler del tipo descrito arriba. Schreiter leyó su artículo que discutimos juntos. El también está convencido que usted tiene razón. En cuanto a su inteligente e ingeniosa hipótesis, formulo las mismas reservas que usted. Espero para tomar posición, su opinión acerca de las cúpulas araucanas. Permítome felicitarle otra vez por su intervención en un asunto de sumo interés y cuya importancia había pasado desapercibida a cuantos han tratado de estos « morteros ». Tengo que decirle que desde el momento que leí sus críticas, estoy resentido contra mí mismo por no haber sido más precavido. Lástima que el texto de Lizárraga no sea más explícito » (carta de A. Métraux al autor, fechada en Tucumán el 1 de agosto de 1931).

JOAQUÍN FRENGUELLI, *Recipiente de piedra para juntar agua de lluvia*, en *Solar*, 1931, 153 y siguientes, Buenos Aires, [1932].

abundante vegetación de talas (*Celtis tala*), jarillas (*Larrea* sp.), algarrobos (*Prosopis* sp.) y albaricoques (*Ximenia americana*). Hay allí un interesante conjunto de 20 hoyos labrados en una arenisca poco coherente. Algunos de éstos, rectificando anteriores medidas, tienen una abertura de  $67 \times 46$  centímetros con profundidades que alcanzan a los 90 centímetros. Muchas son las decenas de litros que pueden almacenarse en estas oquedades. De este grupo quiero destacar el que está situado en la parte más inferior de una superficie rocosa en plano inclinado, y al que se ha hecho llegar una serie de surcos excavados en forma arborescente (fig. 26). Realizada la prueba de derramar agua en los extremos más distantes de los surcos, ésta corre de inmediato al depósito terminal. Creo que no es posible atribuir a esa red de pequeños canales otra finalidad que la captación de agua y que ese dispositivo no tiene aplicación imaginable en su uso como mortero. Y juzgo innecesario insistir sobre el valor que tienen para su exacta interpretación estos casos discrepantes con la finalidad que se les atribuía al considerarlos aptos para la trituración de alimentos:

A pocos metros hay una perforación anómala a las faenas de molienda a causa de su forma extraña, por tratarse de dos cavidades unidas cuyos círculos son secantes y, en la misma condición, está otro cuya particularidad consiste en el trabajo de adaptación realizado en una diaclasa que ha quedado transformada en una amplia y larga canaleta (fig. 27). Podría, también, aludir a otro de enormes proporciones que ha sido labrado en gradería y cuya utilidad para majar sería bien deficiente.

Muchas de las tazas de esta agrupación, especialmente las de

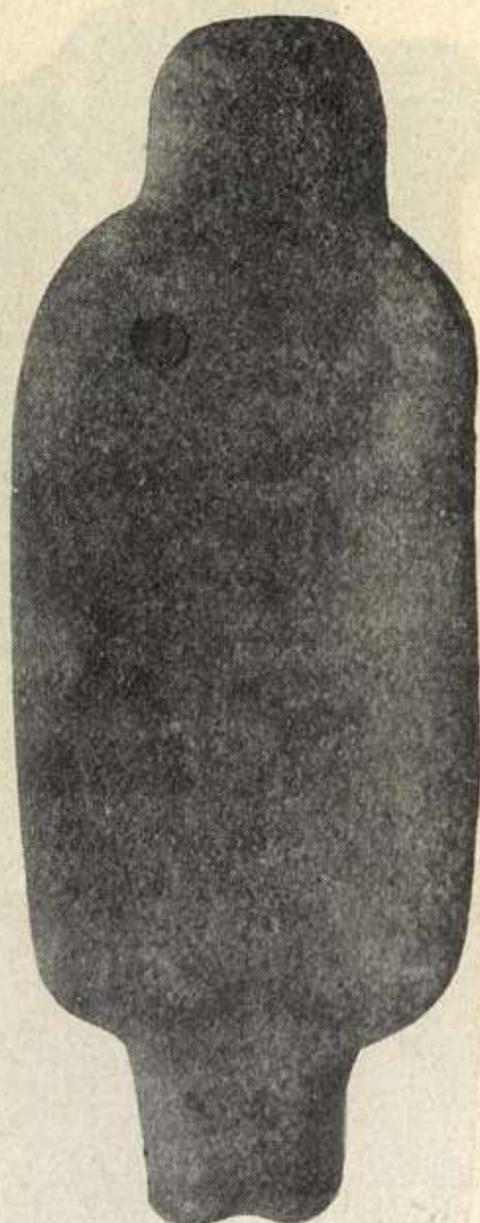


Fig. 21. — Tableta para moler excitantes, tallada en piedra. Represa del Carmen.  $\frac{1}{2}$  del natural.

menor diámetro, han sido prolijamente cegadas por los lugareños en razón de que allí siempre se junta agua, aun la del rocío, por lo que es abrevadero improvisado de los ovinos, que quedan,



Fig. 22. — Tableta para moler excitantes, tallada en piedra. Represa del Carmen.  $\frac{1}{2}$  del natural.

a las veces, con la cabeza encajada, lo que les ocasiona la muerte. Para evitar el trabajo de remover tierra o piedras, se recurre al efecto a otros expedientes más sencillos, como la introducción de una cabeza de vacuno que, a la vez, nos sirve para testimoniar el tamaño de estas cavidades (fig. 28).

En El Potrero de los Funes, entre el dique y el poblado, existen algunos conjuntos de « morteros ». Muchos son los excavados utilizando los niveles inferiores de diaclasas que han sido ensanchadas intencionalmente.

Siguiendo el camino nacional de San Luis al Saladillo, cerca del puente construido sobre el río Quinto, en la parte más baja de las serranías circundantes, existe otra interesante agrupación. De entre los 20 agujeros que la constituyen haré referencia a uno, hecho; como tantos otros, sobre una diaclasa, pero que presenta una cuña triangular que ocupa la cuarta parte de su capacidad (fig. 29a), cuya presencia resulta incomprensible si el hoyo hubiese sido utilizado como mortero. Igual cosa pasa con otra perforación en la que la diaclasa ha sido ensanchada en forma innecesaria tratándose de un implemento de molienda (fig. 29b).

En El Volcán, sobre una abrupta barranca y ocupando la vagua-

da entre lomas más elevadas, hay dispuesta una serie de « morteros ». Un par de ellos es sugestivo por estar separados pocos centímetros uno del otro, es decir, sin posible aplicación simultánea — y por consiguiente, uno de ellos superfluo e innecesario — si hubiera que utilizarlos como morteros.

En la quebrada de Las Chilcas, en la sierra del Gigante, las excavaciones están dispuestas en un plano inclinado, a pocos centímetros una de la otra (fig. 30), de modo que el agua sobrante de la más elevada pueda llenar la contigua y así sucesivamente.

En la misma sierra del Gigante, pero del lado occidental, hay una agrupación conocida localmente con el nombre de Estiladera y consistente en diversos « morteros » excavados al pie de una pared vertical (fig. 31), donde se recogen las filtraciones que gotean de una vertiente subterránea, y que, en demasía, abastecen de agua a un numeroso hato de cabras. Y, como si esa disposición no bastara, debe tenerse en cuenta que el material de la barranca es una marga finamente arenosa que estando seca es algo más dura que cuando mojada, pero su consistencia es terrosa y se rompe con los dedos.

Junto a ellos están otros dispuestos en escalera (fig. 32), sin que haya posibilidad de utilizarlos como morteros, por su posición inadecuada, pero que, en cambio, es un dispositivo admirable para captar el agua que gotea de la pared inmediata.

En Cuchi-Corral, junto a la pictografía de la que ya he hablado, hay también cavidades que ocupan los planos inferiores de diaclasas muy inclinadas (fig. 33).

Al N. del poblado del Trapiche y La Florida está la elevada

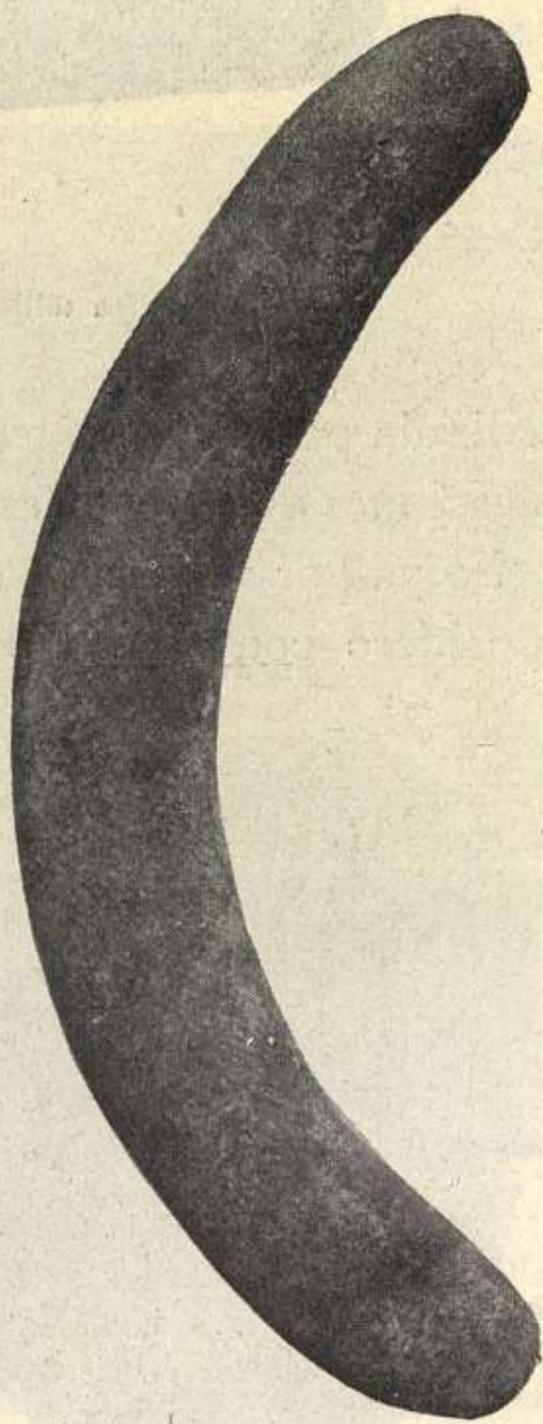


Fig. 23. — Instrumento lítico útil agrícola? Represa del Carmen.  $\frac{1}{3}$  del natural.

pampa del Tamboreo en la que el granito aflora en forma de peñascos. Allí es dable observar otra adaptación: un desgaste natural de la roca, que ha formado una especie de palangana, ha sido



Fig. 24. — Pipa tallada en piedra. Pozos de Salcedo.  $\frac{1}{2}$  del natural

utilizada por los aborígenes para ahondarlas a la manera de las excavaciones que estoy describiendo.

No ya por su forma, sino por el material en que están hechos, considero conveniente referirme a los « morteros » existentes en



Fig. 25. — Almirez tallado en piedra  
La Florida.  $\frac{2}{3}$  del natural

las lomas coloradas de El Valle, sierra de Las Quijadas. Han sido excavados en una arenisca « que forma un material disgregable con sólo tocarlo, sin embargo las acciones atmosféricas endurecen algo su superficie impidiendo que los vientos destruyan pronto el depósito ». Como dato complementario hago saber que los habitantes del lugar extraen los bloques con « morteros » y los usan en sus casas como depósitos de agua.

Por último quiero mencionar otro caso que a primera vista podría ser interpretado como una prueba evidente del error de mi tesis: un hoyo hecho dentro de una pequeña cueva de piedra en la quebrada del Contrabando, junto al Potrero de los Funes. Pero basta analizar las condiciones en que se ha realizado esa perforación para que sea un nuevo testimonio favorable a mi modo de

interpretarla. La pétrea pared ha sido desgastada en forma de amplio chanfle, a fin de que una gotera del techo pudiera caer dentro del hueco labrado para recaudarla. Actualmente, la gotera ha cambiado de lugar y de la primera sólo queda el vestigio de algas resecas y pequeños cristales de sales de calcio.

Creo que estas pruebas bastan para demostrar, para quien sepa valorar una demostración arqueológica, que no todas las perfora-



Fig. 26. — Excavación en la que alluyen surcos labrados en forma arborescente.  
Alto de los Morteritos, frente al cerro del Tala

ciones han sido hechas para ser utilizadas como morteros. Insisto en que « hay hoyas que son verdaderos morteros y que no parecen adecuadas para la captación de agua; otras, en cambio, inservibles o redundantes como morteros, parecen especialmente dispuestas para recoger y almacenar el líquido »<sup>1</sup>.

Igualmente, sin poder discriminar a qué entidad cultural pertenecen, pero que posiblemente han sido un elemento común a la del NO. y a la del S., hay otra clase de vestigios arqueológicos.

<sup>1</sup> VIGNATI, *¿ Morteros o represas ? etc.*, 60 y siguiente.

En la superficie del terreno aparecen anillos de tierra cocida como si se tratara de tinajas enterradas — así vulgarmente se las llama, — de las que solamente aflorara la boca; a veces aisladas, más comúnmente agrupadas sin orden alguno. Sus paredes son, casi siempre, deleznales y el conjunto es muy difícil separarlo del terreno por cuanto no existe una superficie externa bien definida ya que se trata de una periferia de la oquedad más o menos aladrillada según la zona que se considere.



Fig. 27. — Excavación hecha junto a una diaclasa adaptada en forma de canaleta.  
Alto de los Morteritos, frente al cerro del Tala

El interior está colmado por capas sucesivas de cenizas y carbones, pudiéndose encontrar con mucha frecuencia piedras rodadas de distintos tamaños <sup>1</sup>. Estos dispositivos los he podido estudiar en un valle al pie del « Monigote » del Gigante (fig. 34) en la localidad El Gigante, en el pequeño puesto (fig. 35) — próximo a la « Quebrada del doctor Funes » — en La Florida, Las Quijadas, La Aurora y Pozo del Molle.

<sup>1</sup> HÉCTOR GRESLEBIN, *Las llamadas « botijas » o « tinajas » de la provincia de San Luis*, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, IX, 46 y siguientes, Buenos Aires, 1928-1929 [1928].

Hasta hace pocos años estos hallazgos se consideraban como un enigma y fueron varias las hipótesis que se formularon para explicarlos. Me cupo la suerte de haber dilucidado en forma incuestionable su significado <sup>1</sup>. No son otra cosa que una de las formas de hogares hechos por los primitivos y que la literatura etnológica conoce con el nombre de *erdofen* y que debemos traducir como « horno de tierra », es decir, el medio utilizado para la cocción de alimentos.



Fig. 28. — Cavidad obturada con un cráneo de vacuno. Alto de los Morteritos frente al cerro del Tala

De la cultura del S. es muy poco lo que puedo decir. Los pueblos nómades no son, habitualmente, los que más vestigios dejan de su paso. Los paraderos no se diferencian de los que se encuentran en las llanuras pampeana o patagónica. Las inmediaciones de las regiones medanosas, por la seguridad que presentan como reservas inagotables de agua, son los lugares más apropiados para la ins-

<sup>1</sup> MILCIÁDES ALEJO VIGNATI, « El horno de tierra » y el significado de las « tinajas » de las provincias del occidente argentino, en *Physis*, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, IX, 241 y siguientes, Buenos Aires, 1928-1929 [1928].

talación de los aduares indígenas, protegidos por desmirriada vegetación de jarillas (*Larrea* sp.) y chañares (*Gourliea decorticans*), sólo embellecida en algunos lugares por la airosa figura de los quebrachos (*Aspidosperma* sp.). Allí encontramos sus rastros (fig. 36) especialmente de comida: huesos de guanacos, de venados, de desdentados; muchas cáscaras de huevos de avestruz; fogones cuyo



a



b

Fig. 29. — a, cavidad hecha sobre una diaclasa, en la que se ha mantenido un sector de la roca; b, excavación sobre una diaclasa ensanchada. Cerca del puente sobre el río Quinto, camino al Saladillo.

corte aparece en las barrancas y en los que no es raro encontrar uno que otro utensilio de la vida diaria. Lo que más puede coleccionarse son tiestos variados de alfarería grosera, instrumentos de piedra, puntas para flechas y elementos de molienda. A veces, sin embargo, no faltan las piezas de selección que individualizan la cultura: discos labiales o tembetás<sup>1</sup> y placas grabadas de la misma

<sup>1</sup> MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Un adorno labial proveniente de la provincia de San Luis*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I, 335 y siguientes, Buenos Aires, 1931.

jerarquía que las señaladas para Patagonia, aunque con dibujos un tanto diferentes a los habituales en éstas.

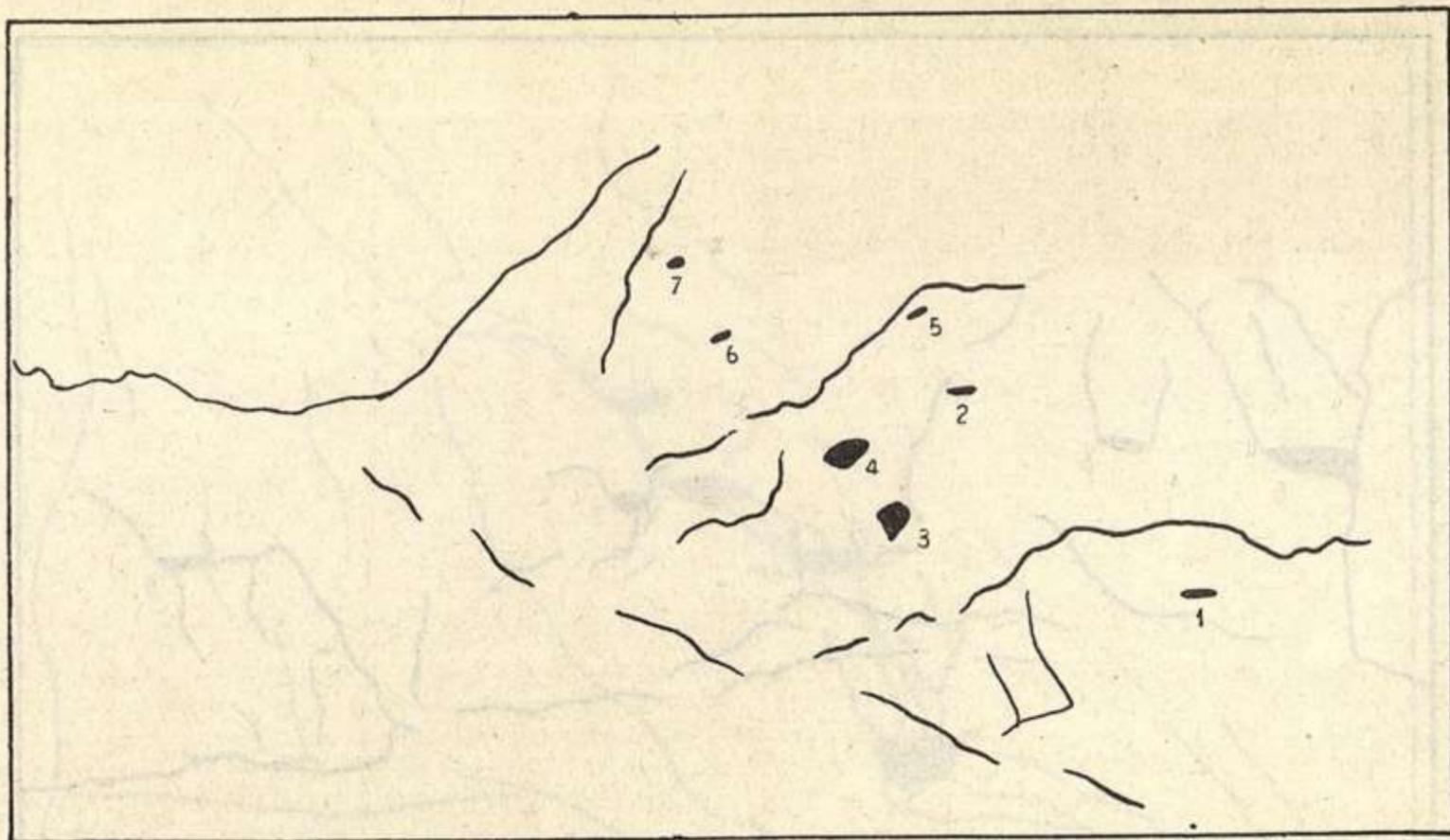
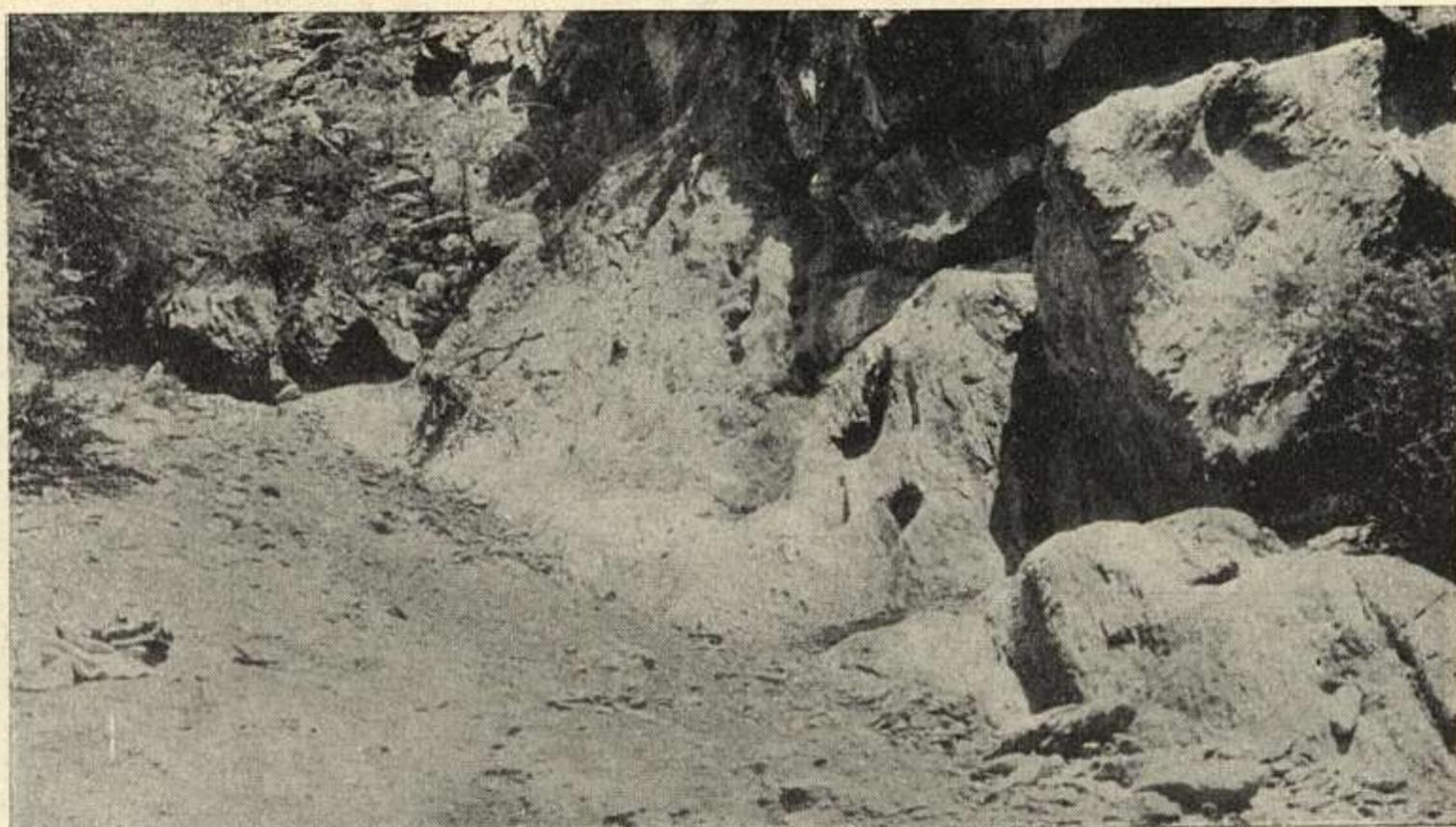


Fig. 30. — Excavaciones hechas sobre un plano inclinado. El esquema indica la ubicación de las mismas. Quebrada de las Chilcas. Sierra del Gigante

El material que he coleccionado en Charlone, en El Tala, Acazape y las cercanías de las lagunas Cuadrada y Sovén no es muy abundante. Afortunadamente, estas dos últimas lagunas están

comprendidas en la zona S. de la laguna Sayape, donde por el Museo de Historia Natural de Buenos Aires se han realizado diversos viajes, y cuando los especialistas de esa institución den la des-

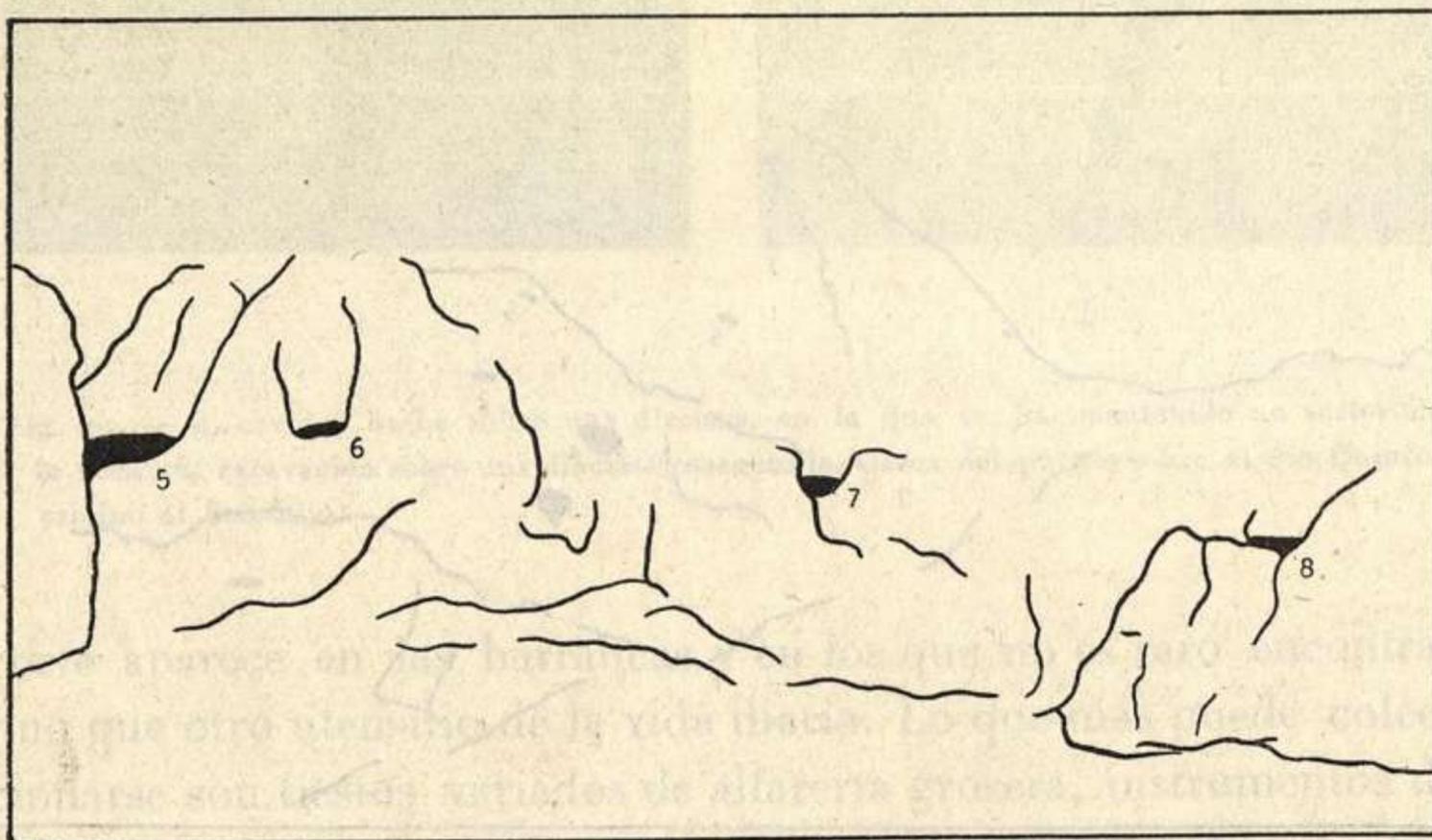


Fig. 31. — Excavaciones labradas en la pared de una barranca. El esquema indica la ubicación de las mismas. Estiladera. Sierra del Gigante

cripción de las series formadas, tendremos conocimiento amplio de estas poblaciones, aunque la falta de estratigrafía cultural va a dificultar sobremanera la discriminación de los materiales que

corresponden a la entidad protohistórica y los que pertenecen a la agrupación ranquelina todavía existente hasta mediados del pasado siglo.

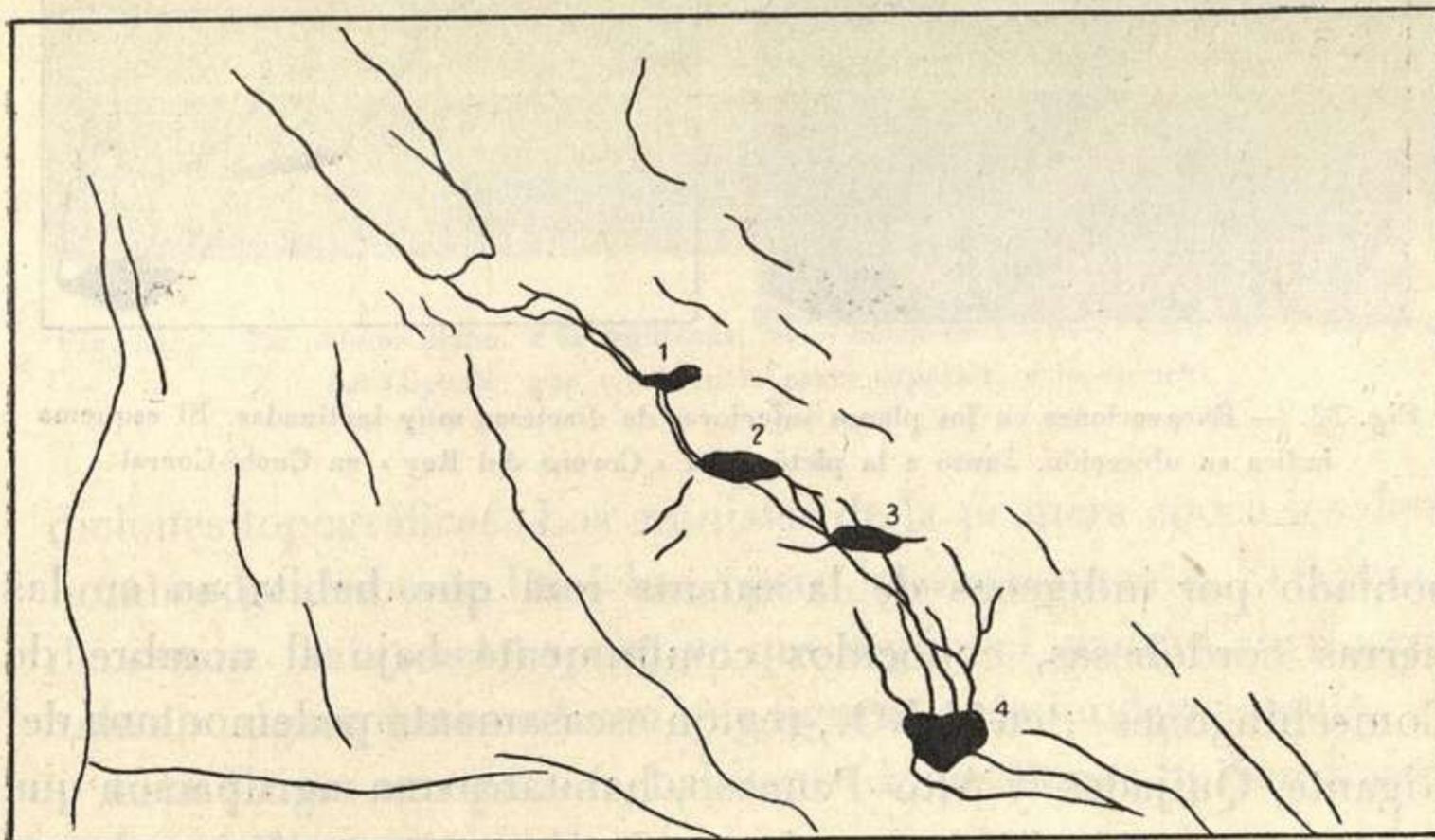


Fig. 32. — Excavaciones dispuestas en escalera. El esquema indica la ubicación de las mismas.  
Estiladera. Sierra del Gigante

Los hallazgos sucesivos efectuados en cada una de las regiones exploradas me inclinan a determinar que en el territorio de la provincia de San Luis han existido cuatro unidades étnicas

diferentes. Tres de ellas han coexistido hasta el primer siglo de la conquista y otra, la cuarta, invadió en épocas más cercanas el territorio que, por diversos motivos, abandonara una de aquéllas.

Según creo, la distribución de las entidades aborígenes en el suelo de San Luis durante el primer siglo de la conquista, fué la siguiente (fig. 37): El sector del NE. fisiográficamente caracterizado por ser la estribación meridional de la sierras pampeanas, estuvo

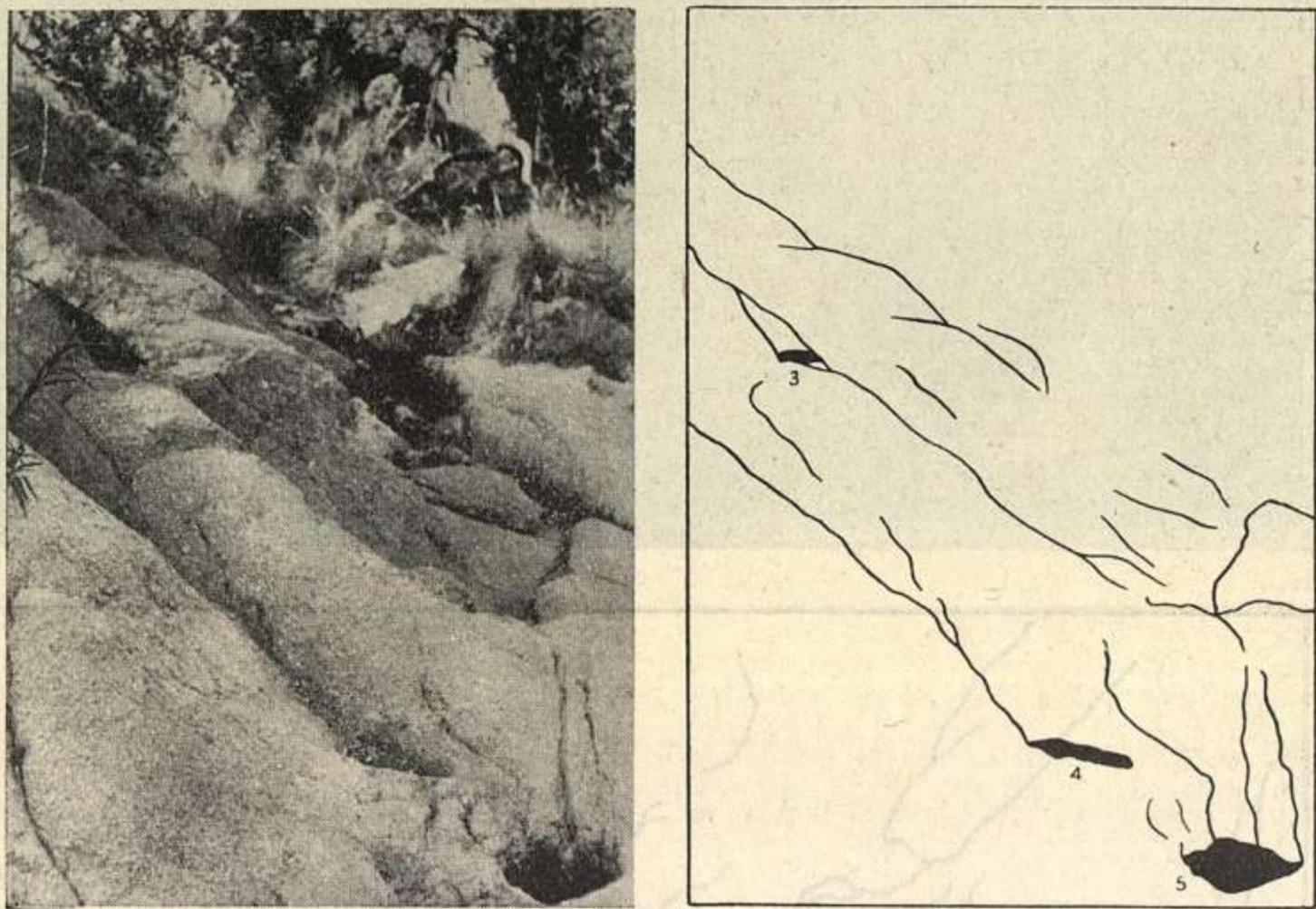


Fig. 33. — Excavaciones en los planos inferiores de diaclasas muy inclinadas. El esquema indica su ubicación. Junto a la pictografía « Corona del Rey » en Cuchi-Corral

poblado por indígenas de la misma raza que habitaban en las sierras cordobesas, conocidos comúnmente bajo el nombre de Comechingones<sup>1</sup>; en el NO., región escasamente pedemontana del Gigante, Quijadas y Alto Pencoso, habitaba una agrupación que puede ser considerada como la expansión más periférica de un núcleo riojano, aunque es muy posible que estuviera vinculada cul-

<sup>1</sup> Los autores que han escrito sobre los primitivos habitantes de San Luis han señalado, unánimemente, la similitud que presenta su cultura — que ellos creían única — con la de la vecina provincia de Córdoba, sin llegar a discriminar que sólo la de la región del NE. es la que permite tal asimilación.

turalmente a grupos más septentrionales; y, por último, en las regiones llanas que se extienden hasta los confines de La Rioja vivió una tercera entidad racial que, desbordando los límites actuales y convencionales de la provincia de San Luis, se expandía por el S. de Mendoza, por La Pampa, por la llanura de Córdoba y en la región O. de la provincia de Buenos Aires, zona extensa de iguales con-



Fig. 34. — En primer plano, a la izquierda, un « horno de tierra ». Valle del « Monigote » del Gigante, que se ve en la parte superior, a la derecha

diciones topográficas. Los cronistas de la primera época les dan el nombre genérico de Puelches <sup>1</sup> pero, posteriormente, Falkner los denomina Talut-het <sup>2</sup> apelativo que según el padre Cabrera equivale a « algarroberos » <sup>3</sup> con que figuran más modernamente.

Esta última agrupación, habitante de los llanos de San Luis es,

<sup>1</sup> DIEGO DE ROSALES, *Historia general de el reyno de Chile. Flandes indiano*, II, 97 y siguientes, Valparaíso, 1878.

<sup>2</sup> THOMAS FALKNER, *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America*, 99 y siguientes, Hereford, 1774.

<sup>3</sup> PABLO CABRERA, *Los aborígenes del país de Cuyo*, tirada aparte, 59, Córdoba, 1929.

la que fué replegándose hacia el sur, desplazada o, acaso, solamente sucedida por la cuarta entidad, representada por elementos ranquelinos de idioma araucano que invaden el territorio en la primera mitad del siglo XVIII.

A los cuatro grandes grupos mencionados se podría agregar, aunque sólo en carácter conjetural por el momento, un grupo aislado que llamamos Huarpes, morador de los alrededores de las



Fig. 35. — « Hornos de tierra » próximos a la quebrada del doctor Funes

grandes lagunas Huanacache, al cual fueron posteriormente a sumarse elementos de las tribus circunvecinas que huyendo de la esclavitud de las encomiendas, buscaron refugio en aquella soledad desolada <sup>1</sup>.

Revisados en general y en forma sucinta los diversos hallazgos realizados en las tres zonas primordiales y enunciadas las entida-

<sup>1</sup> Ya he transcripto un texto referente a los primeros años del siglo XVII en que se menciona que esas lagunas eran guaridas de indígenas de distinta procedencia (conf. : MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Contribución al conocimiento de la etnografía moderna de las lagunas Huanacache. Habitación y graneros*, en *Notas preliminares del Museo de la Plata*, I, 226, nota, Buenos Aires, 1931).

des que las habitaron, formulo a continuación las características de cada una de ellas, en base exclusivamente al material recolectado y excluyendo en forma deliberada la contribución documental de los cronistas y conquistadores.

La similitud cultural del NE. puntano con los Comechingones puede establecerse por tratarse de un pueblo que como éste era agricultor, aunque ignoremos los cultivos que realizaran; convi-

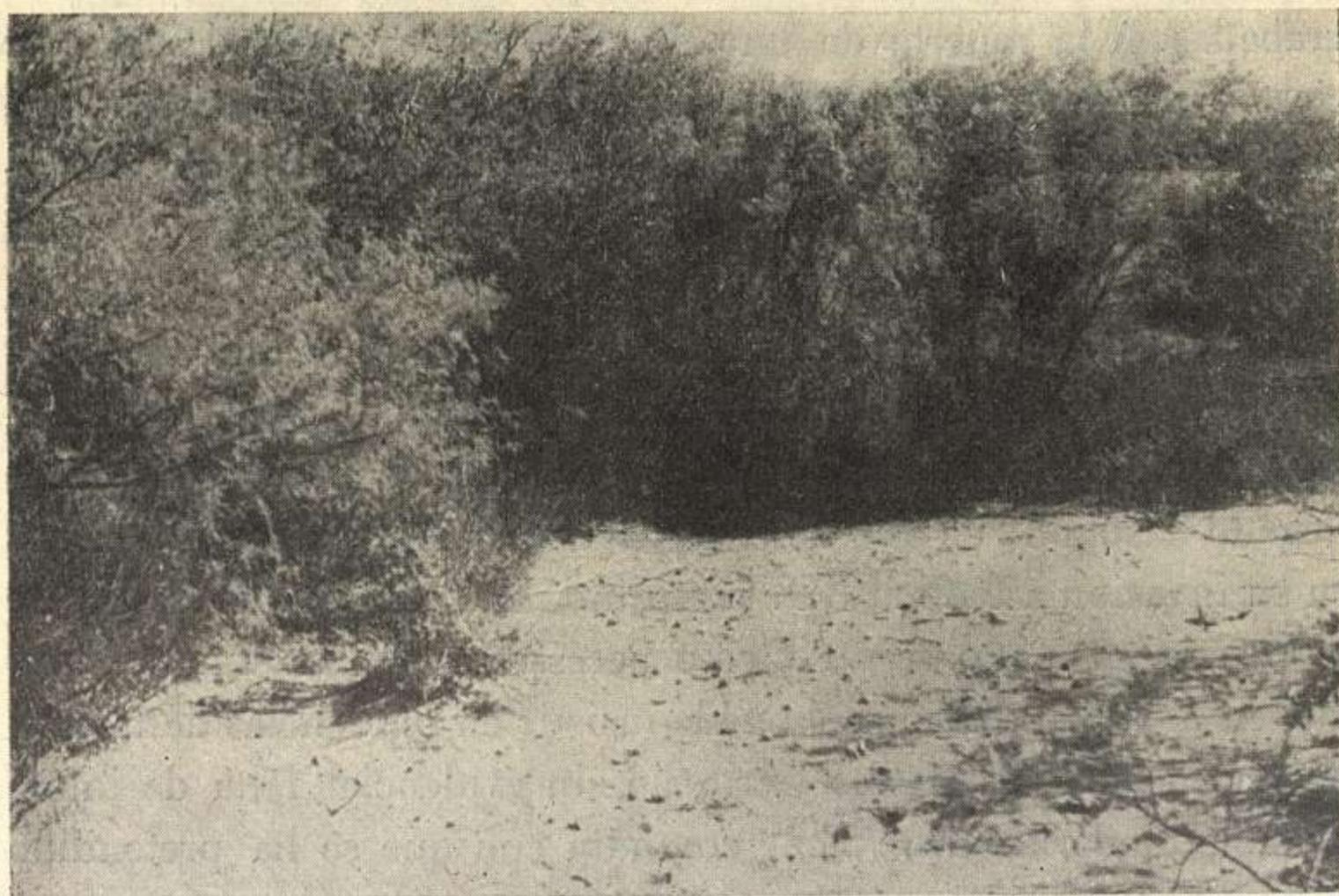


Fig. 36. — Un paradero indígena. Charlone

vían con los camélidos, utilizándolos, según puede inferirse de las pictografías; vestían y usaban adornos cefálicos; usaban arcos y flechas, hachas de piedra y mazas de pelea; tenían alfarería con decoraciones geométricas grabadas y pintadas, y canastería en espiral. Enterraban a sus muertos en abrigos naturales de las rocas, sin ajuar; sus aficiones artísticas desarrolladas, y comunes con las de sus coetáneos de Córdoba.

En el NO. lo que establece una conjunción con la provincia de La Rioja es: la presencia de pipas, el mismo tipo de hachas, la costumbre de tejer, puesto que se han encontrado torteros de factura semejante a los riojanos, los mismos tipos de pequeños almi-

reces para pinturas y los adornos líticos a modo de medalla, dando a este conjunto un carácter arcaico la presencia de las tabletas y del cuchillón trabajados en piedra. Desconocemos sus costumbres funerarias <sup>1</sup>.

La tercera gran cultura tenía hábitos totalmente nómades. Vivía, por consiguiente, de la caza, utilizando el arco y la flecha; tenía, además, el hábito de usar tembetá en los labios y sus aficiones artísticas quedan evidenciadas por la fabricación de placas grabadas. A la muerte de uno de ellos se procedía, después de cierto tiempo, a la esqueletización del cadáver y se procedía a la pintura de los huesos con diversos colores. Hecho el paquete funerario, este era transportado hasta los cementerios propios a orillas del Atlántico <sup>2</sup>.

Antes de terminar quiero manifestar que muchos autores al hablar de las entidades primitivas de la provincia de San Luis mencionan en lugar destacado la civilización de los incas que habrían llegado hasta ella en tren de conquista y como irradiación máxima en su invasión a todo el NO. argentino. En otra oportunidad <sup>3</sup>, he rechazado tal modo de ver y creo necesario expresar una vez más que en la actualidad, no se puede insistir en referencias de la conquista incaica en nuestro territorio sin evidenciar falta de información moderna. Este fácil comodín con que se ha pretendido

<sup>1</sup> Creo, a par del profesor Outes, que se trata de una sepultura ocasional la realizada dentro de uno de los « hornos de tierra » en el área de esta cultura (conf. : OUTES, *Algunos datos, etc.*, 300).

<sup>2</sup> Esa pintura ritual que en muchos casos consistía en colorearlos de rojo era, a las veces, sustituida o complementada por dibujos geométricos en la superficie craneana. Ultimamente (26 de agosto), en una comunicación que hice a la Sociedad Argentina de Antropología, establecí — haciendo uso de un texto de Rosales — la proveniencia cuyana de los enterratorios de la península San Blas, rectificando así el origen étnico que le atribuyera el doctor Lehmann-Nitsche al describir uno de esos interesantes cráneos (conf. : R. LEHMANN-NITSCHE, *Un cráneo patagón con pinturas geométricas en rojo y negro procedente de San Blas (costa atlántica)*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXXII, 293 y siguientes, Buenos Aires, 1930).

<sup>3</sup> MILCÍADES ALEJO VIGNATI, *Los elementos étnicos del noroeste argentino*, en *Notas preliminares del Museo de La Plata*, I, 140, nota 4, Buenos Aires, 1931.

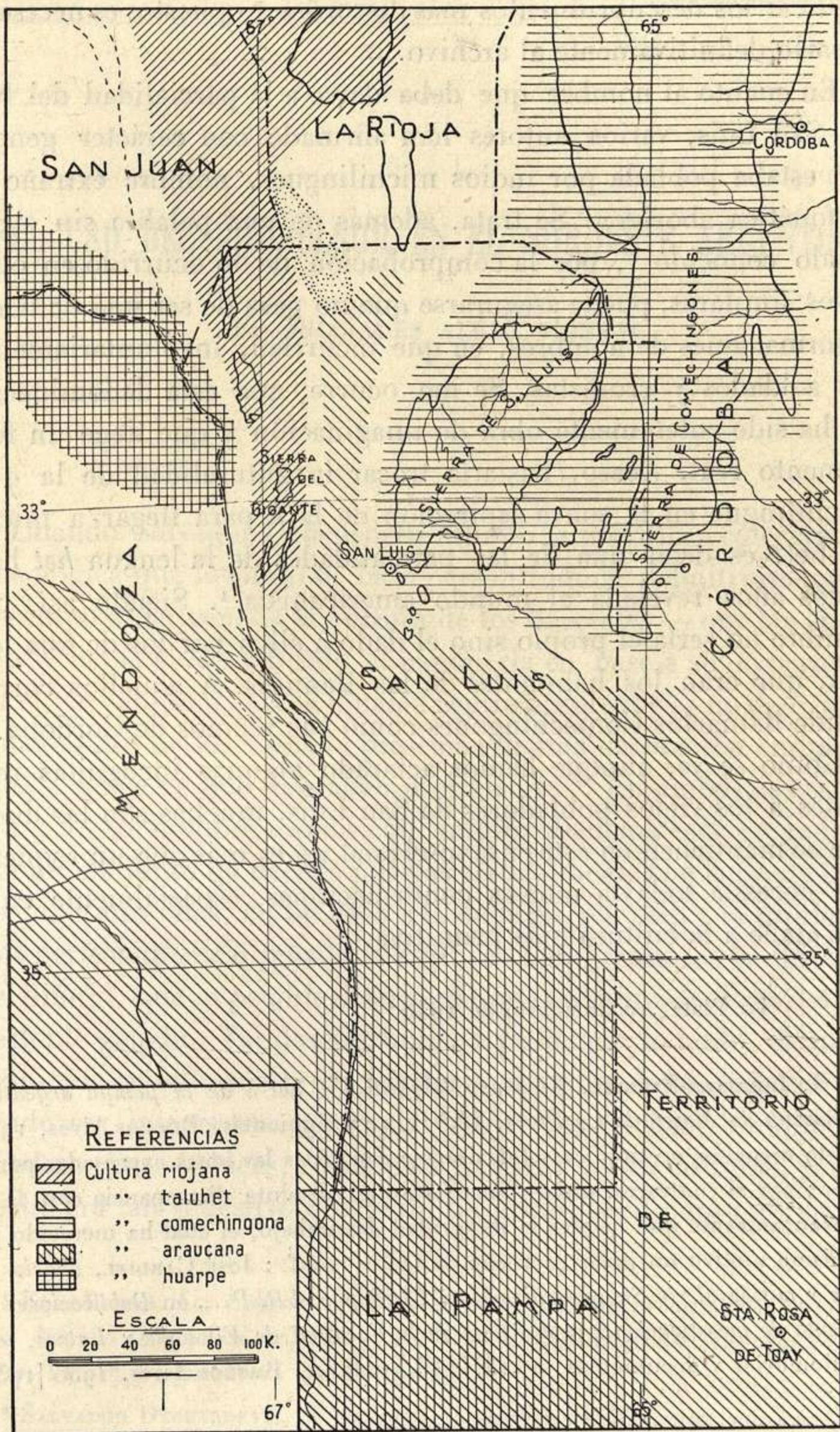


Fig. 37. — Distribución de las culturas indígenas en la provincia de San Luis

explicar los descubrimientos más discordes y opuestos es necesario pasarlo definitivamente al archivo.

En cuanto al nombre que deba darse a la parcialidad del NE. de San Luis, varios autores han afirmado con carácter general que estaba poblada por indios michilingues, nombre extraño en la fonética aborígen. Se trata, además de una palabra sin significado conocido y, por la comprobación de lo ocurrido en otros casos similares, puede asegurarse que no pasa de ser una de tantas deformaciones de nombres, en que incurrían, involuntariamente, los soldados y cronistas. Se me ocurre, que esta denominación no ha sido enteramente obra de imaginación y que tiene un fundamento real. Acaso, bastaría trocar la guturalidad de la *g* de michilingue en la suave aspiración de la *h* para llegar a michilin-het, es decir una de las parcialidades de la lengua *het* hace pocos años revelada al mundo americanista <sup>1</sup>. Siendo así, este nombre no sería el propio sino el dado a ellos por los de esta lengua, que eran los habitantes de las llanuras. A aquellos corresponde llamarlos Comechingones como sus vecinos de Córdoba.

Como se ve, aunque hemos aclarado algunas incógnitas referentes a los viejos pobladores de San Luis, muchas son las dudas que se mantienen en este ensayo el cual no es más que un esquema que necesita todavía nuevas confirmaciones, especialmente en lo que atañe a la cultura más primitiva.

La Plata, 10 de agosto de 1936.

<sup>1</sup> R. LEHMANN-NITSCHÉ, *El grupo lingüístico « het » de la pampa argentina*, en *Revista del Museo de La Plata*, XXVII, 10 y siguientes, Buenos Aires, 1923.

Esta mención no implica solidarizarme con todas las ideas expresadas por el autor ; por el contrario, quiero manifestar mi absoluta discrepancia con la tesis araucanizante que inspira la integridad del trabajo, el cual ha merecido por el mismo motivo un justo reproche de Outes (conf. : JOSÉ CARDIEL, *Diario del viaje y misión al río Sauce realizado en 1748 por el R. P...*, en *Publicaciones del Instituto de investigaciones geográficas de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A. Memorias y documentos, n° 13, 246, nota 2, Buenos Aires, 1930 [1934].